



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 15.—Madrid 25 de Mayo de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 ½ ps. fr.
Un año.....	4 »

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 ½ ps. fr.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*Don Seigneur Blas*, por Blas.—*Santa Mónica, viuda*, madre de San Agustín, por Fr. Marcelino Gutiérrez.—*Los Grados*, por D. Jorge S. de la Riera.—*San Pedro de Cardena*, por D. J. M. Zorrilla.—*Día nublado*, por D. Casimiro Collado.—*A D. Carlos Cano en la muerte de su hijo Carlos*, por D. Rafael de los Reyes.—*La rosa blanca de los Kermadec* (conclusión), por D. Angel Zarzuelo de Cancio.—*Bibliografía*.—*Conocimientos útiles*.
GRABADOS.—*El P. M. L. I. Teodoro de Ratisbona*.—*Los cedros del Libano*.—*Patio del real monasterio de San Pedro de Cardena*.—*San Gregorio Magno y San Ambrosio*.

REVISTA

HAY verdadero empeño, no siempre noble ni generoso, de que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA tome partido en la deplorable contienda que hace tiempo sostienen, con dolor de los buenos y regocijo de los malos, los católicos españoles.

Alguna vez sucede que sin herir nosotros á nadie, porque nuestro terreno no es el de la lucha sangrienta, sino el campo á veces florido, á veces yermo, de la literatura y del arte cristiano, se nos pincha para que saltemos á la arena política y abandonemos nuestro terreno, más fecundo tal vez y desde luego más amable que los terribles campos de batalla cubiertos de cadáveres.

Todo inútil. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA no sale de su campo, donde gracias á Dios ha logrado conquistarse muchos y buenos amigos, que la alientan con su adhesión inquebrantable y con su confianza, superiores á todo encomio y para nosotros á toda gratitud.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA no ha variado un ápice desde que comenzaron las presentes tristes circunstancias, á no ser que se llame cambiar el aplaudir lo que es digno de aplauso, venga de donde viniere; ora la fundación de sabias cátedras, ora el pensamiento de peregrinaciones nacionales, ya la elocuencia y talento de católicos beneméritos, ya las virtudes insignes de otros afiliados á opuesto bando. Por lo que hace á sus censuras, siempre han sido las mismas: ha censurado con acerbísima pena las escandalosas polémicas, la violencia en los ataques, el cuadro desgarrador de existir en Madrid tres periódicos católicos hostilizando se mutuamente, uniendo nuestros sentimientos y nuestras palabras en este punto con los documentos emanados de la Santa Sede, que tanto ha recomendado la paz, la moderación, la caridad y el espíritu de unanimidad y concordia que constituye la fuerza y esplendor de la gran familia católica.

Tenemos la satisfacción inmensa de saber que esta nuestra conducta es grata al Padre Santo, grata á los Prelados españoles, grata á las Ordenes religiosas, y grata al numeroso público que nos favorece con su apoyo. ¿Qué más puede apetecer una Revista religiosa de carácter puramente literario? Res-

pondamos, pues, á los que quisieran ver convertida LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA en arma de sangrienta guerra con el gran poeta:

¿Sin la templanza viste tñ perfecta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! Ven callada,
Como sueles venir en la saeta.
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

♦♦

Este año han acudido á Madrid, con pretexto de la romería de San Isidro, muchos menos forasteros que en años anteriores. Los comerciantes se quejan de la disminución de romeros, que vienen á dejarse en Madrid en pocos días los ahorros de todo el año.

Esta disminución se explica fácilmente. Los forasteros que en esta época vienen á Madrid, lo hacen estimulados por la baratura de los trenes y por el aliciente de las fiestas cortesanas. La piedad, la devoción al Santo no entra para nada en el viaje; de modo que la romería, sin espíritu ninguno de abnegación ni de sacrificio, está sujeta á los intereses particulares de los viajeros, que si un año se dejan

desollar en Madrid, otro y aun otros se quedan en sus casas lamentando la prodigalidad de sus gustos y la carestía de la Corte. El año pasado, con motivo de la visita de los reyes de Portugal, hubo muchas fiestas y mucha concurrencia de forasteros; este año tenía que ser peor cosecha, pues los bolsillos, como los campos y los árboles, suelen resentirse de la abundancia de sus años más fecundos.

La romería de San Isidro ha perdido todo su antiguo carácter, no conserva ni un átomo de devoción; de manera que en este concepto sería absurdo suponer que este año se ha visto el Santo menos favorecido con el menor concurso de forasteros. Mas bien que la fiesta de San Isidro se celebra ahora en la pradera del Manzanares el martirio del Santo, pues no hay desorden que allí no se cometa, con la circunstancia agravante de ejecutarse tanto escándalo á la vista y casi al contacto de un cementerio, en el cual parece que el Santo ha querido guarecerse para oponer á la loca algazara de los vivos el majestuoso silencio de los muertos.

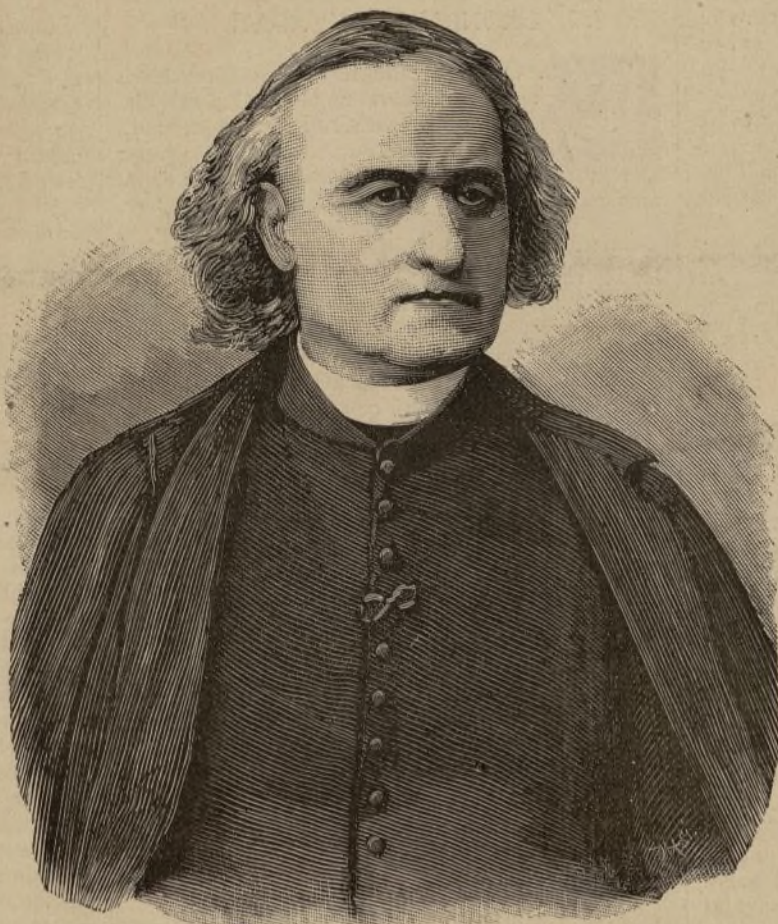
¿Por qué hemos de lamentar las pérdidas del comercio cuando reclama nuestras quejas la pérdida de la devoción? Es evidente que al amparo de ésta el

comercio extendió sus brazos y transportó sus géneros de un país á otro por los caminos que servían á los romeros para visitar los más célebres santuarios de la cristiandad. La religión, lejos de oponerse á este desarrollo material, lo favorecía; y mientras condenaba la usura y el fraude, tan perniciosos á la industria, alentaba con privilegios á los comerciantes para multiplicar los frutos de su honrado trabajo.

Empero si las romerías favorecieron tan eficazmente al comercio aun en los siglos más cristianos, no hemos de fundar en esta circunstancia externa el mérito y la gloria de una institución creada para fines más elevados. De algún tiempo á esta parte los ataques de los impíos contra las instituciones católicas en el orden natural y externo de la vida humana, son causa que los escritores católicos pongan empeño en vindicar á la Iglesia de las calumnias de los racionalistas, defendiendo con razones naturales los beneficios positivos que ésta ha proporcionado á los pueblos. Esto, hemos dicho otras veces, puede tener el peligro de que se secularicen, por decirlo así, las instituciones católicas, dando exagerada importancia á lo que es y debe ser accesorio.

Si va faltando á las romerías su espíritu de penitencia y devoción, ¿qué nos importa que el comercio se vea privado de sus beneficios materiales?

Dejad á San Isidro en compañía de los santos en el cielo y de los muertos en la tierra, y no queráis profanar su nombre convirtiéndole en empresario de fiestas y en agente de negocios.



EL P. M. L. I. TEODORO DE RATISBONA,

FUNDADOR DE LA COMUNIDAD DE MISIONEROS DE NTRA. SRA. DE SIÓN.

Embarga en estos momentos la atención pública la grave enfermedad de la infanta Doña Paz, princesa de Baviera, de cuyas prendas personales siempre se han oído singulares elogios por su ilustración y su piedad. Amigos y adversarios de la dinastía todos convienen en celebrar sus virtudes, la dulzura de sus sentimientos y su cultura superior á su sexo. Durante el período de su embarazo había manifestado firme propósito de criar por sí misma á su hijo, y dicen que, después de dárlo á luz, mostró afán de que lo antes posible se le administrase el bautismo, á pesar de estar sano y robusto.

Estas circunstancias la han granjeado muchas simpatías, porque ciertamente la virtud tiene el privilegio de hacerse siempre amable, y si brilla sobre la frente del pobre deslumbra sobre la del poderoso, levantado sobre las demás y como expuesto á las miradas de todos. Los vicios, como las virtudes de los Príncipes, no pueden permanecer ignorados; y si aquéllos cubren de sombras los resplandores de la gloria humana, éstos realzan su hermosura con los reflejos de otra gloria más alta. Las torres, cuanto más altas, se hallan más expuestas al furor de las tempestades; por eso la religión puso sobre ellas la cruz, como pararrayos que desarmase las iras del cielo. Así, los Príncipes que están muy altos son los más expuestos á la murmuración, al escándalo y á las tempestades de la Revolución; la religión ha puesto también la cruz sobre sus coronas para significar que del cielo ha de venirles la defensa, amparando su autoridad con la de Dios, y su prestigio con el de la virtud, más poderosa que las armas y más resplandeciente que la púrpura y el oro.

La simpatía que en estos momentos inspira la infanta Doña Paz demuestra que, á pesar de la corrupción de los tiempos, el sentimiento moral conserva su imperio, y que las virtudes que de ella se cuentan, más aún que su jerarquía, son estímulos poderosos á la benevolencia y á la compasión de todos.

Al mismo tiempo que la infanta se hallan bajo el cuchillo de la muerte implacable dos personajes que también padecen las angustias de grave enfermedad á la vista, por decirlo así, de los ojos del público.

El uno es el marqués de Campo, rico banquero, que desde modesta posición supo elevarse á las alturas de la mayor opulencia; el otro Gasset y Artime, periodista mediocre que, halagando á la Revolución, logró enriquecerse con un diario, activo propagador de la impiedad moderna.

La muerte no respeta posiciones ni fortunas: ni la flota del marqués ni el diario del periodista son bastantes á detener su paso; y estos hombres, que vivían afanados en sus negocios como si fuesen inmortales, se hallan hoy entregados á la misericordia divina, sin contar para nada ni con su autoridad mercantil ni con su influencia política, que los ha abandonado á las puertas de la muerte.

El marqués de Campo debe su fortuna á sus empresas mercantiles; pero el Sr. Gasset la debe á *El Imparcial*, periódico que durante muchos años ha sido ariete formidable contra la Iglesia católica, órgano de la masonería y agente de todas las revoluciones. El se confesaba siempre católico, y en esta su grave enfermedad ha recibido piadosamente los santos Sacramentos é impetrado la bendición apostólica. Quiera Dios que á la luz de la eternidad, que tiene tan cerca, vea claro, y que, restituído á la salud antigua, trate de reparar en lo posible los males causados, que en estos momentos deben pesar angustiosamente sobre su corazón.

La enfermedad marchita las flores, rinde al león, abate el vuelo del águila, postra al atleta y refrena las ambiciones del hombre.

Al inaugurar el edificio destinado á Colegio notarial en Valencia, el actual ministro de Gracia y Justicia, que, aunque liberal, como hombre de verdadero talento sabe ver y pensar bien de muchas cosas, ha dicho refiriéndose al salón de Cortes de la ciudad del Cid:

«Mejor que en los pergaminos de las *Costums* de Jaime I, y en los fueros de Alfonso IV, y en los cuadernos de vuestras Cortes, se pueden leer escritas vuestras historias, vuestras franquicias, vuestras libertades y vuestras glorias, por el escoplo y el pincel, en aquellos artesanos y en aquellas pinturas incomparables.

» No he podido mirarlos sin alguna amargura cuando pienso qué responsabilidad ante la historia han contraído quizá los hombres de nuestro siglo, que, queriendo dar la libertad á nuestro pueblo, no han dedicado su actividad, su fuerza á restaurar algo de lo que encerraban tan valiosos tesoros nacionales. Siglos pasarán tal vez sobre nuestras reformas y las de nuestros padres antes de producir algo que se

¹ Al publicarse este número el Sr. Gasset ya ha muerto, y la infanta Paz y el Sr. de Campo se hallan muy aliviados.

asemeje en vigor, en grandeza á lo que revela aquella maravilla; y permitidme que en estas manifestaciones de mi admiración por aquella joya del arte y de la historia, que es á mis ojos el reflejo de toda una constitución política, desee para mi patria que todos sus progresos en el porvenir los haga sin olvidar tan grandes y tan gloriosos pasados.»

El cuadro, salvo algún toque, es de mano maestra. Y afortunadamente el salón de Cortes se conserva muy bien en Valencia; pero ¿qué decir de aquel claustro de Santo Domingo, joya incomparable del arte ojival, destruido casi por completo, y del que puede considerarse como suerte el que esté destinado á parque de artillería? ¿Y qué decir de otros y otros monumentos cristianos que embellecieron un día á Valencia, formando como el canastillo de oro de aquel jardín de flores, derribados por el oleaje de nuestras revoluciones políticas, que siempre se han alimentado de sacrilegios y de ruinas?

Nuestro siglo hará buenos á los que trajeron el aluvión de los bárbaros, y nuestros políticos, autores, cómplices y encubridores de tantos crímenes contra la religión y contra el arte, vindicarán la memoria de Alarico y de Atila, que fueron al fin azotes de Dios.

Ya se han abierto las Cortes.

El Gobierno ha anunciado muchas reformas en el discurso de la Corona. Esta primera legislatura, sin embargo, tendrá poco interés, porque la estación va muy adelantada y los calores del estío sofocarían el calor de las discusiones.

Sabemos por de pronto que no se discutirán los presupuestos; ¿y para qué? Con una buena administración todos los presupuestos son buenos. Si la administración es mala, ¿qué importan los guarismos y las cábalas financieras?

Ahora comenzarán los debates de actas. Es preciso averiguar la legitimidad del nacimiento de los padres de la patria. En ello se interesa la honra de todos. Porque si el hijo bastardo deshonra á sus padres, el padre bastardo debe deshonrar á toda su familia.

Sin embargo, como la moral anda muy relajada en estos tiempos, no habrá bastardía que no quede legitimada por obediencia á la curia, ó lo que es igual, á la mayoría.

Constituidas las Cámaras comenzará el debate político, en que tomarán parte todos los oradores de punta. Se dice de punta porque todos tienen la lengua muy adelgazada; algunos la usan como un bisturí, con la cual disecan las entrañas de la patria.

Constituido el Congreso y aprobado el mensaje se cerrarán las Cortes hasta el invierno, que será la época de las reformas anunciadas.

La política tiene sus estaciones; pero los políticos por lo regular siempre están en su agosto.

NULEMA.

CRÓNICA UNIVERSAL



LA Orden admirable de los Capuchinos acaba de nombrar un nuevo General, que lo es el P. Bernard, religioso de profundo saber y edificante observancia. Al prestar el acto de obediencia á Su Santidad, le dijo el Papa, aludiendo á la Orden: «*Quod fecistis omni tempore, et nunc et semper facietis.*» En el mismo día, que fué el 11 de Mayo, se presentaron á Su Santidad todos los Provinciales que han concurrido al Capítulo, y el Padre Santo les dirigió un bellissimo discurso celebrando la historia de la Orden franciscana y alentándoles á perseverar en sus buenas obras.

Un telegrama de Roma anuncia que el Rdo. Padre Anderledy, Coadjutor con derecho de futura sucesión del General de los Jesuitas, ha reemplazado definitivamente al Rdo. P. Beckx á la cabeza de la Compañía de Jesús.

Lo que hemos dicho otras veces tenemos que repetir ahora: mientras la Revolución poderosa destruye en Roma, la Iglesia maniata sigue edificando. En la última semana se ha celebrado en la Ciudad Eterna la ceremonia de colocar la primera piedra del Colegio internacional que los Padres Franciscanos, con ofrendas de toda la cristiandad, levantan en los alrededores de la basílica Lateranense. En este Seminario central se educarán los religiosos Franciscanos que luego han de ejercer el magisterio en los Colegios de las demás provincias y misiones de la Orden.

Su Santidad ha dirigido un *motu proprio* al Cardenal Hergenroether, Archivero del Vaticano, creando en este grandioso establecimiento una Cátedra especial de paleografía é historia comparada.

Se dice con algún fundamento que entre los Cardenales que el Papa creará en el Consistorio de San Pedro están el Arzobispo de Viena, dos Arzobispos franceses, Mons. Masella, cuatro Prelados

romanos, entre ellos Mons. Laurenzi, asesor del Santo Oficio, y Mons. Masotti, secretario de la Congregación de Obispos y regulares. En ese caso Monseñor Jacobini y Mons. Santori ocuparían los cargos que hoy desempeñan aquellos Prelados, y Monseñor Cretoni y Mons. Boccali pasarían á ocupar las vacantes que resultarían.

Cerraremos esta breve crónica de Roma con una noticia que vale por un discurso. El día 4 de Mayo se ha celebrado el aniversario de la entrada en Roma del rey Humberto, y la fiesta ha resultado una manifestación contra la monarquía, en que se ha proclamado la república radical. Siempre sucede lo mismo: cualquier aniversario ó manifestación que se celebra en Roma relativos á la entrada de los italianismos, resulta una fiesta republicana. ¡Altos juicios de Dios!

La ley contra los socialistas ha sido aprobada por el Parlamento alemán. El látigo del dictador ha dado su resultado y la representación nacional el suyo. Queda, por lo tanto, aplazada para otro caso semejante la orden de disolución.

Lo más significativo del caso es que, antes de procederse á la votación, el jefe del centro católico, Sr. Windhorts, retiró las enmiendas modificando la ley, que habían sido aprobadas en parte al discutirse el articulado. ¿Significa este hecho una esperanza fundada de paz religiosa? Así parece.

El Parlamento ha suspendido sus sesiones hasta después de la Pentecostés: al reanudarlas se discutirá en una ú otra forma la cuestión religiosa.

El socialismo, entre tanto, progresa con formas alarmantes. En Munich se ha verificado últimamente una gran manifestación que ha puesto espanto en el corazón de los hombres de orden y de cuantos tienen algo que perder. El mismo día por la noche, cuando se recibió la noticia en Berlín, el Emperador convocó á su despacho al príncipe de Bismarck y al general Molke, con los cuales conferenció largamente. La familia imperial no oculta su alarma por los progresos del socialismo, ni su afán de restablecer la paz religiosa. Tanto es así, que se ha hablado estos días de la conversión al Catolicismo de la emperatriz Augusta, que, como es sabido, está rodeada de servidores católicos.

Quiera Dios abreviar la prueba porque está pasando la Iglesia alemana.

La iglesia de los Padres del Oratorio en Londres, recién inaugurada, ha costado hasta la fecha ocho millones de reales, y falta toda la decoración, la portada y la cúpula, que tendrá 62 metros de altura.

La iglesia se ha levantado en cinco años. El fundador del Oratorio en Londres fué hace treinta años el famoso P. Faber. Comenzó la Congregación en una capilla hecha luego iglesia, y ahora una verdadera catedral. Así bendice Dios sus obras. Recomendamos estos datos á los católicos madrileños.

Ojalá que el Gobierno inglés, para reparar los males de su política exterior, piense en acometer en el interior reformas fecundas y duraderas. Decimos esto porque ha vuelto á suscitarse la esperanza de que establezca relaciones oficiales con la Santa Sede, medio eficaz y poderoso de poner remedio á los males de Irlanda.

El agente oficioso, Sr. Errington, ha sido llamado á Londres, y antes de salir de Roma ha celebrado una larga conferencia con Su Santidad, en la cual parece que se ha tratado de este asunto. El diplomático inglés se ha despedido por poco tiempo.

Relaciónase con este hecho otro muy importante: los Obispos de Irlanda han sido invitados por el Cardenal Jacobini para reunirse en Roma en el próximo Octubre, y todos han accedido con respetuosa gratitud á los deseos del Soberano Pontífice.

La guerra de Egipto sigue empeorando. La plaza importantísima de Dongola está para caer en manos de Osmán-Digna; el general Gordon cada vez más estrechado en Jortum, y las tropas egipcias al servicio de los ingleses minadas por la insurrección y la indisciplina.

En la sesión de los Comunes del 12 de Mayo el Sr. Gladstone pronunció un discurso sobre esta guerra en que hizo declaraciones tristísimas acerca del estado de Egipto y de la marcha de los sucesos. Dijo que es imposible pensar en la conquista del Sudán; pero que reconociendo que Inglaterra tiene el deber moral de socorrer á Gordon, se enviará una expedición en su auxilio cuando el rigor de los calores haya pasado. Toda la prensa de Londres ha censurado enérgicamente el discurso, que demuestra la falta de energía en el Gobierno ante conflictos graves, que él mismo ha provocado.

Por lo que hace á la Conferencia proyectada para arreglar la cuestión de Hacienda en Egipto, no van las cosas tampoco muy á gusto de los ingleses. Francia quiere que la influencia europea en Egipto sea

colectiva é internacional para poner á raya la influencia inglesa, y con este motivo no acaban de entenderse los diplomáticos que están discutiendo los preliminares de la Conferencia. El asunto es espinoso, y no es tan fácil como parece agarrarse á una zarza.

El asunto capital del Imperio austriaco en estos momentos, es la disolución del Parlamento húngaro y los preparativos de la próxima campaña electoral. El Gobierno de Tisza está muy quebrantado. La cuestión semítica, las impaciencias de los masones apresurándose á quitar al Estado húngaro su carácter cristiano, el dramático proceso de Tisza-Ezlar, el proyecto de ley relativo á los matrimonios mixtos, la guerra á las tradiciones nacionales y otras causas han influido poderosamente en la posición del Gobierno de Tisza, haciéndola casi insostenible.

Los católicos, por no tener bien organizadas sus fuerzas, tienen que aliarse para la lucha con los *moderados*. La campaña va á ser reñidísima: Hungría es un país profundamente católico que tiene la desgracia, común á otros países igualmente católicos, de estar gobernados por hombres que no representan su espíritu ni sus tradiciones.

La muerte de la emperatriz Mariana ha sido muy sentida en Viena. Entre los legados que deja hay dos importantes: uno al Dinero de S. Pedro, y otro para sufragar los gastos de la beatificación de la reina de Nápoles, Cristina de Saboya. La que un día ocupó el trono imperial vivía como una santa en el más completo retiro y edificaba por sus cristianas virtudes. Era una princesa de los buenos tiempos.

El Ministerio belga, que es masón, quería abrir una información sobre los bienes que poseen en el reino las órdenes religiosas: era el primer paso de la incautación.

Sesenta votos contra 58 han rechazado el proyecto en la Cámara de los diputados, librando á Bélgica de una gran desdicha.

En cambio en la cuestión de enseñanza el Gobierno va sacando partido. Según dice un periódico de ella, de tres mil estudiantes que concurren á las escuelas oficiales, mil por lo menos son ateos. ¡Qué porvenir para la sociedad belga!

Se ha solemnizado en Lovaina con grandes fiestas el 50º aniversario de la fundación de su célebre Universidad católica, ó más bien de su restauración, pues ya en la Edad Media fué famosa entre las que ilustraron á Bélgica.

Han asistido á la fiesta principal, que ha sido el día 12 de Mayo, siete obispos, muchos abades mitrados, diputaciones de los colegios más importantes de los Países Bajos, y corresponsales de los diarios católicos de Bélgica y Francia.

En la sesión literaria, que fué solemnísima, el rector, Mons. Pieraerts, leyó un discurso en que reseñó la historia de la Universidad, enumerando los frutos obtenidos.

En 1834, cuando se inauguró, tenía sólo 13 profesores, de los que sólo vive uno, el Sr. Michaux, cuyo nombre fué saludado con aclamaciones. Hoy, á los cincuenta años, cuenta la Universidad católica con 70 profesores y 1.600 alumnos. El Rector habla de las victorias científicas de la Universidad. Nombres, dice, al profesor Van Beneden, honra de la Facultad de Ciencias. Nutridos aplausos respondieron á estas palabras. El Rector terminó dando las gracias al Episcopado, al clero y á la prensa católica, y excitó á los concurrentes á dar gracias á Jesucristo, autor de todo bien y de toda prosperidad.

En la tarde del mismo día se celebró una gran procesión alegórica, que por su novedad y significación debe conocerse.

Abría la marcha un piquete de gendarmes, y venían después los heraldos y trompetas á caballo; el carro de los fundadores de la Universidad, en el que se veía bajo un dosel á la Virgen Santísima; la banda de música del Círculo Católico; los profesores de la Universidad primitiva de 1430, cuya sucesión ha recogido la actual Universidad católica, en cuyo grupo se veía al Rector seguido de sus pajes, al canciller, al conservador de los privilegios y á los profesores de las diversas Facultades; el carro de la imprenta que representaba á Juan de Westfalia, que introdujo el arte en Bélgica; cuatro grupos con porta-estandarte que representaban las cuatro naciones de la facultad de artes en el siglo xvi; el carro de Carlos V, en que se ve al Emperador, discípulo de Lovaina, á la edad de doce años, acompañado de su hermano Fernando de Austria, sus cuatro hermanas Leonor, Juana, María é Isabel, su tía Margarita de Austria, su preceptor Adriano Boyens, más tarde Papa con el nombre de Adriano VI, y su ayo Guillermo de Croy, acompañado de su esposa y dos pajes; seis ginetes que representaban á Felipe Guillermo, conde de Buren y su acompañamiento, y varios grupos con traje del siglo xvi.

Cerraba la comitiva el grupo que representaba el año 1830 y la apoteosis de la Universidad católica.

Los masones han bramado de coraje al ver esta hermosa manifestación de la ciencia católica. La Universidad de Lovaina es hoy, no sólo la primera de Bélgica, sino una de las primeras de Europa por la sabiduría de sus profesores, y por el buen régimen y disciplina de sus aulas.

El 18 de Mayo se verificó con gran pompa en San Petersburgo el acto de la jura del Príncipe imperial, que ha cumplido dieciséis años. Uno de los hechos más significativos de este acto ha sido la asistencia del príncipe Guillermo de Prusia, el cual ha sido objeto de grandes atenciones por parte del Gobierno moscovita. La Prensa europea considera esta visita como una prenda de amistad entre ambos Imperios.

Entre los nihilistas rusos ha causado gran indignación la declaración oficial del Gobierno contra los periódicos revolucionarios, responsables en gran parte de los sucesos de los últimos años, por haber propagado ideas subversivas y haber abusado de la libertad de la prensa.

Sin embargo, esto mismo prueba que ahí es donde les duele. Aprendan en esta lección los demás Gobiernos de Europa, no sea que llegue tarde el convencimiento, como ha llegado para el Czar Alejandro II.

El 16 de Mayo se ha celebrado en París la primera reunión de la Asamblea general de la Sociedad de educación y enseñanza, de que es presidente Mr. de Chesnelong. Esta Sociedad se fundó en 1867 con objeto de alcanzar la libertad de enseñanza superior, y ha venido trabajando sin descanso en defensa de la enseñanza católica. «Al presente, dijo Mr. de Chesnelong, no lucha por nuestras libertades sino por salvar los últimos restos de las libertades, tan costosamente adquiridas; la lucha que sostenemos no es ¡ay! la lucha por el progreso de la enseñanza cristiana, es la lucha por su existencia.»

Presidió esta asamblea Mons. Richard, Obispo auxiliar de París, el cual puso término á la sesión con un discurso elocuentísimo, en que encareció los beneficios de la enseñanza cristiana, y muy especialmente la Obra de las escuelas del catecismo.

Las demás sesiones han sido también interesantísimas, y sobre todas la tercera, en que el presidente interrumpió la orden del día para presentar varios proyectos relativos á las *obras eucarísticas, de Tierra Santa, de la Orden Tercera, de la Universidad católica de Lila, contra la masonería, en favor de las peregrinaciones, de estamperia popular, de prensa popular*, etcétera, etc. Todas estas proposiciones, que indudablemente producirán grandes resultados, fueron acogidas con aclamaciones de aprobación.

Quiera Dios hacerlos fecundos.

La guerra ó pseudo-guerra de Tonkín acabó con ventaja de los franceses, gracias á la debilidad inmensa de los chinos. Sin embargo, éstos se han empeñado en no pagar indemnización de guerra y lo han conseguido, lo cual no favorece mucho el prestigio de Francia. Se dice que ahora los republicanos ponen la mira en Marruecos; pero no es creíble: andan muy cerca los ingleses sudando la gota gorda en Egipto, para que los franceses se atrevan á levantar la caza en África.

La política interior de Francia caminando hacia la *Comun*. En esto no hay retroceso ni vacilaciones.

En Portugal andan mal las cosas. El Gobierno dictatorialmente ha decretado varias reformas en el ejército. Esta conducta ha irritado á las oposiciones y se considera fracasado el proyecto de un Gabinete de conciliación durante el período constituyente que pronto va á abrirse.

A río revuelto ganancia de los republicanos.

Tal es la ley que rige en las naciones de Europa.

La plaza mercantil de Nueva York está siendo estos días un campo de desolación por las muchas quiebras de sociedades importantes que han ocurrido. El pánico se ha apoderado de los grandes capitalistas al ver quebradas casas tan respetables como la que llevaba el título de *Fisk y Natch*, y otras por el estilo, y este pánico lleva la perturbación á todos los valores.

Los telegramas que llegan á Europa de aquel país no hablan de otra cosa, y es natural, los yankees, hijos de ingleses, tienen el corazón en el bolsillo, y no son de los que *ponen* el grito en el cielo, sino de los que *cogen* el cielo con las manos.

El delegado apostólico de Colombia inició no há muchos meses la idea de fundar una Universidad católica en Bogotá, y la idea es ya un hecho. Los Obispos todos y el clero han rivalizado en entusiasmo para esta empresa, y gracias á Dios, tantos esfuer-

zos unidos han sido coronados con el mayor éxito. El Gobierno no ha puesto dificultades, y muchas autoridades subalternas lo han apoyado con todas sus fuerzas.

En lo que será una maravilla este centro de enseñanza católica será en ciencias naturales, pues el clero de Colombia posee en este ramo especiales conocimientos y colecciones abundantísimas.

Sea todo á mayor gloria de Dios.

M. RIERA.

DON SEIGNEUR BLAS.—MADRID



ON tan extraño sobre he recibido esta mañana, entre mi diaria correspondencia, un abultado pliego procedente de París.

Ábrile con curiosidad (que también soy curioso en ocasiones, sobre todo á la hora del correo), y me sorprendí grandemente al encontrarme con una carta de ocho grandes cuartillas escritas en letra menudita y por una sola cara, como es costumbre hacerlo para la imprenta.

Sin detenerme en el contenido, pasé á examinar la firma; otra curiosidad que por ser acaso algo impertinente me salió fuera, porque sólo decía: *Un hispanófilo*.

Mi curiosidad (cualquiera que sea la extensión que ustedes quieran atribuírla) no llega jamás hasta leer los escritos anónimos que se me dirigen. Por lo tanto, arrojé sobre la mesa las hojas manuscritas, y seguí abriendo y leyendo las demás cartas.

Terminada esta tarea, me dispuse á emprender otra más escabrosa, cual es la de elegir asunto para mi plática decenal con ustedes.

Después de aceptar y rechazar media docena de temas, sin decidirme por ninguno, me dije: «¿Quién sabe si en ese *memorándum* que acabo de recibir habrá algo que me sugiera una idea para salir de mi compromiso?» Y venciendo mis escrúpulos, sumergí la vista en aquel océano de palabras.

A medida que iba leyendo aumentaban mi curiosidad y mi interés, si bien mis cansados ojos seguían con algún trabajo aquellas líneas de letra microscópica, obligándome á suspender á intervalos la lectura para darles descanso.

Una hora próximamente invertí en descifrar aquel enigma de caligrafía, y al concluir me hice otra pregunta algo parecida en los términos, pero en el fondo muy distinta de la que me había dirigido á mí propio al empezar la lectura; á saber: «¿Quién me había de decir que en este mamotreto encontraría una idea para cumplir mi compromiso?»

Porque la carta de París me da, no sólo ocasión y pretexto para mi trabajo decenal, sino que me da ya el trabajo hecho, lo cual es miel sobre hojuelas.

Podría hasta enviarla á la imprenta tal como está; pero un sentimiento de conmiseración hacia los cajistas (que, dicho sea entre paréntesis, no suele ser muy común entre los autores) me mueve á copiarla, porque, aun siendo poco clara mi escritura, es más legible que la del autor de la epístola, dicho sea sin modestia.

Basta de preámbulo, pues ya estoy impaciente por *entregar la carta*, que dice textualmente:

«A Don Seigneur Blas.

» París 20 de Mayo.

» Mi estimado co-hermano: Permitidme de daros este nombre y de escribiros en español, aunque no tengo la pretensión de hablarle correctamente. No ved en esto más que una prueba de mis aficiones á vuestro bello país. Yo le he rendido visita en diversas ocasiones, y últimamente á la época de las fiestas de Santo Isidro, que tenía vivos deseos de conocer.

» He sido encantado de tan pintoresca romería, que me ha permitido estudiar una de las fases más características de vuestras costumbres religiosas y populares, de que soy sincero admirador.

» Retornado á París, la casualidad me puso enfrente de uno de los kioscos del boulevard donde se expenden publicaciones españolas, y arrastrado por mi pasión hispanófila me detuve á adquirir diversos ejemplares. Entre ellos estaba LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, cuya data era la del 25 de Abril, y que contiene una carta de felicitación de señor Blas á mi compatriota Sauvenière Alfred por haber escrito de costumbres españolas.

» Os diré netamente (perdonadme la libertad) que no creo en la buena fe de vuestros encomios al colaborador de *Le Figaro*. La ironía y el sarcasmo palpan en el fondo de vuestro escrito. Y esto es tanto más claro para mí, cuanto que estoy familiarizado con vuestros escritores y más al corriente de las costumbres de vuestra España que muchos jornalistas franceses.

» No os censuro por ello. Habéis tomado vuestra

revancha de las impresiones harto ligeras estampadas por Mr. de Sauvenière relativas á las costumbres españolas.

»Pero no quisiera por mi parte, hoy que me propongo entreteneros de las impresiones que he recogido en la fiesta de Santo Isidro, incurrir en vuestra felicitación, si habíais de hacerla en los mismos términos.

»Va sin decir que no voy á hacer un capítulo de novela ni á exagerar el carácter de los hechos que he constatado en vuestra *romería*. Voy, sí, á presentaros esas mismas impresiones sin orden ni encadenamiento, y sin deducir de ellas ninguna consecuencia. Mi solo objeto es ponerlos de manifiesto que no soy de los que estudian á la ligera vuestras costumbres, y luego las publican travestidas y mortificantes para el amor propio de vuestro país.

»Mi primer cuidado al llegar á la *pradera* (que éste es el nombre que dáis al lugar de la fiesta), fué preguntar á varias personas que me parecieran más abordables cuál era el objeto de la *romería*. Sin duda que mi defectuosa pronunciación del español no me permitió expresar claramente mi pensamiento. Unos se me echaron á reír sin contestarme; otros me miraron con lástima y me volvieron la espalda; otros se encogieron de hombros. El que más, se contentó con responderme:

—»Santo Isidro.

—»¿Y qué es Santo Isidro, si os place? —volví á preguntar.

—»Patrón de Madrid —dijo, y se alejó.

»Comprendí que lo que se celebra en ese día en vuestra capital es la festividad de un santo tutelar de Madrid. Esto honra mucho á vuestros sentimientos piadosos. Supuse desde luego que un pueblo que así demuestra su gran devoción y su acendrado cariño á un santo bienamado, no podía menos de haber erigido un monumento religioso digno del Santo y de sus devotos.

»Tendí la vista en derredor en demanda de un templo soberbio, donde seguramente acudiría toda aquella muchedumbre á rendir culto y prestar homenaje de adoración al Santo patrono.

»Por acá y por allá, de un lado y de otro, más altas ó más bajas, veía tiendas de campaña, cobertizos, chozas de estera, construcciones de lona, cercados de tablas (que no sé si en vuestro idioma se llaman *establos*); pero nada de arquitectónico, nada de iglesia, nada de esbelto campanario ni de aguja gótica...

»Confieso que me sentí intrigado de este descubrimiento negativo. Me acerqué á un sacerdote que caminaba no lejos de mí.

—»Perdón, señor cura —le dije. —¿Tenéis la bondad de indicarme hacia qué lado está la basílica de Santo Isidro?

—»Ya se conoce que sois extranjero —me contestó saludándome y sonriendo benévolamente. —La Real Colegiata de Santo Isidro está muy lejos de aquí.

—»Será un templo magnífico, ¿no es verdad?

—»Uno de los más suntuosos de la Corte.

—»¿Y queréis ser tan amable que me señaléis el lugar que ocupa?

—»Mirad —dijo volviéndose y mostrando con el brazo extendido —allá á lo lejos, entre el hacinado grupo de edificios que forman la capital, dos torreones en piedra sillería.

—»Perdón otra vez, señor cura —le repliqué —no es por allí que busco la iglesia del Santo Isidro, sino por estos contornos.

—»Tenéis razón; también hay por aquí una capilla modesta dedicada al Santo patrono... Vedla allí.

—»Mil gracias, señor —dije. Y me encaminé á la ermita.

»A medida que me aproximaba y disminuía la distancia que me separaba de ella, aumentaba en la misma proporción mi sorpresa. ¡Qué capilla tan pequeña para una devoción tan grande!

»Penetré sin gran trabajo en el interior del santuario, me hincé de rodillas ante el altar, hice una breve oración, y advertí al levantarme que había incurrido en una falta, ó al menos en un quebrantamiento de vuestras costumbres religiosas, porque ninguno de los concurrentes se había arrodillado más que yo.

»Noté así bien que *los fieles* (sé que este nombre les dáis en España) entraban y salían sin manifestar otro sentimiento que el de la curiosidad; hablaban y refan y gesticulaban con una libertad encantadora, comían rosquillas de la *mère* Xaviera; algunos chiquillos tocaban instrumentos pitos, y ¿qué os diré yo? estaban en la iglesia con el mismo desgaño que pudieran estar en casa propia ó en taberna ajena. Es una de las singularidades que más me han chocado en vuestras excelentes costumbres.

»Así se lo dije á un caballero anciano que salía al mismo tiempo que yo de la ermita, y con quien trabé conversación en mi deseo de estudiar vuestras costumbres.

»Advertí que se puso colorado al escucharme, pero me contestó con extremada finura que tal vez la misma exageración de los sentimientos devotos en gentes sencillas y rudas era causa de que mirasen á su patrono popular con aquella familiar confianza.

—»En la gente del pueblo —le contesté—no me admiraría eso; pero he notado iguales demostraciones en personas decentes por su traje, y aun... no sé si lo diga, en algunas damas y señoritas de alluras distinguidas.

—»Sois extranjero —me replicó—y no estáis habituado á nuestras cosas. Os haré saber que la confianza que el pueblo de Madrid tiene en su Santo Isidro es tan grande y tal la franqueza con que le tratan, que se ha dado el caso de haber invadido la ermita una turba de vendedores, apostrofando y aun arrojando piedras á la imagen del Santo porque éste no había querido interponer su valimiento para que cesasen las lluvias que les perjudicaban en sus intereses comerciales.

—»Perdón —exclamé—¿no os burláis de mí, caballero?

—»No por cierto; os digo la verdad... Pero no nos juzguéis mal por esto: todos los pueblos tienen sus debilidades y sus...

—»Yo soy respetuoso para todas las costumbres.

—»Tened en cuenta que ésta no puede llamarse *costumbre*, y mucho menos *costumbre española*.

—»¿Cómo la llamaré entonces, señor? No conozco á fondo vuestro idioma.

—»Llamadla... no sé cómo os diga... Por ejemplo, extravagancia...

—»¡Oh! No es eso; yo alcanzo el valor de esa palabra.

—»Pues bien, decid grosería, ignorancia, desacato...

—»Gracias, señor, por vuestras lecciones; á no ser por ellas, yo lo habría apellidado de *salvajismo*, desconocedor que yo soy de vuestro idioma.

»Me separé del respectable anciano, y á poco trecho me abordó un hombre de malas apariencias, que misteriosamente me mostró una cadena de reloj proponiéndome de comprarla.

—»Caballero, —me dijo en voz baja—es oro de ley y vale cuarenta duros; pero me parece usted una persona decente y se la daré en veinticinco.

—»Perdón, no necesito —le contesté, admirado de su desinterés.

»Cuando me disponía á echar á andar, otro joven menos desarrapado se me acercó por el lado opuesto, y llevándose aparte, me dijo como si hiciese una obra caritable:

—»Cómprselas usted, que es *afanada*.

—»¿Cómo *afanada*?

—»Pulida.

—»Sí, ya he visto su pulimiento.

—»No es eso; quiero decir que esa cadena es robada.

—»¿Y queréis que la compre sabiendo su infame procedencia?

»En esto una mujer del pueblo, que se conoce nos observaba á alguna distancia, se vino resueltamente hacia mí, vociferando contra los dos individuos y diciéndome:

—»No haga usted caso de estos *grand-ujas* (no he podido comprender el significado de esta palabra), de estos *timadores* (sigo no entendiendo), de estos ladronzuelos (ya lo entendí), que le han calado á usted la extranjería y quieren hacerle primo.

»Los mozalbetes huyeron, la mujer se fué por otro lado, y yo proseguí mi paseo entre las instalaciones de comestibles y bebidas alcohólicas de todos colores, riéndome de aquella escena de costumbres de la pradera.

»A aquella inmensa muchedumbre, cuya alegría aparentaba ser algo forzada; aquel vocerío de los vendedores, aquel tañer incesante de silbato, pitos, campanillas de barro y otros mil artefactos de música estridente; aquel conjunto de olores de los restaurantes, de las meriendas al aire libre y de los vinos; aquellos cánticos, aquellos bailes, aquel polvo, aquella baraúnda y, sobre todo, aquellos millares de bocas casi todas ocupadas en comer ó en beber, me tenían absorto y mareado. ¡Oh qué extrañas costumbres! ¡y cómo es robusta esta raza española, que así desafía á las indigestiones y á los cólicos!...

»De pronto se hizo el silencio á mi alrededor. Dos hombres acompañados de agentes de la autoridad conducían una camilla y detrás caminaba un grupo de gente.

—»¿Qué es esto? —pregunté á uno de los del acompañamiento

—»Nada —me respondió—que un chusco se entretenía en lanzar cohetes para asustar á la gente, y ha saltado un ojo á una señora, que es la que llevan en esa camilla.

—»¡Oh qué horror!

—»¿Qué se ha de hacer? Son percances de las *romerías*.

»Pasó el lúgubre grupo, volvió la gente á cantar, reír, tocar, comer y beber... y yo volví á maravillarme de la bizarra manera de celebrar la fiesta del Santo.

»Si no temiera ofenderos, Sr. Blas, me atrevería á deciros que esta *romería* debiera llamarse, según las observaciones que en ella he recogido, *la fiesta de los pecados capitales*. No hay uno sólo de éstos que no tenga representación viva en ella, y os presentaría cien ejemplos si la extensión que ya he dado á esta carta lo consintiera. La terminaré con otra observación que he hecho en mi visita á la *pradera*.

»He viajado mucho y, sobre todo, he pasado un año en Italia; pues bien, en ningún país del mundo he visto aptitudes tan especiales como en el vuestro para ejercitar la blasfemia. Esta costumbre la he notado en niños, adultos, viejos, mujeres y... siento decirlo, en no pocas personas de distinción, al menos en su exterior.

»Esta costumbre en un pueblo católico por excelencia, es incomprensible; en un pueblo descreído y ateo sería de *mal gusto*.

»Si habéis tenido paciencia para leer estas páginas hasta el fin, tenedla, os ruego, para soportar mis conceptos mal expresados, pero fruto de mis estudios sobre vuestras costumbres populares. —Un hispanófilo.»

Hasta aquí la epístola del anónimo corresponsal francés, que he transcrito sin quitar ni añadir una frase.

Yo creo que hay en ella mucho de exagerado; mas como no he concurrido más que una vez en mi vida (y hace de esto muchos años) á la *romería* de San Isidro, no tengo autoridad para contradecir al comunicante.

Hago, pues, formal renuncia de mi propio criterio en este asunto y le entrego al recto y severo juicio de las personas más competentes, más ilustradas y más conocedoras de estas cosas que

BLAS.

LOS GRABADOS

EL P. M. L. I. TEODORO DE RATISBONA

Fundador de la Comunidad de Misioneros de Nuestra Señora de Sión.

Hemos recibido tarde el artículo relativo á este célebre misionero, hermano del no menos célebre María Alfonso, ambos recientemente fallecidos, y por su mucha extensión lo dejamos para el número próximo.

LOS CEDROS DEL LÍBANO

Un celoso misionero de Tierra Santa nos ha favorecido con una colección de fotografías relativas á los Santos Lugares, y desde este número comenzamos á publicarlos, fielmente reproducidos en la madera. La vista de este número no es de las menos interesantes, pues representa como se hallan hoy los célebres cedros del Líbano, tantas veces nombrados en las Sagradas Letras. El Líbano, llamado así del hebreo, que significa *blanco*, por la nieve que cubre sus cimas en la mayor parte del año, confina al N. con la Armenia, al S. con Palestina, al E. con la Arabia Desierta y la Mesopotamia, y al O. con el Mediterráneo. No baja de 450 kilómetros el circuito de su base ni de 3.000 metros la altura de sus cimas más elevadas. En esta cordillera, llena de pintorescos valles, hay desparramados pueblecitos, iglesias y conventos, y sus principales árboles, además de los cedros, son la morera para el gusano de seda, la higuera, los manzanos y otros frutales, que se alzan entre campos tapizados de vides y trigos. En otro tiempo los cedros eran abundantísimos en sus extensas laderas y agudos pinachos; pero hoy sólo quedan algunos en el valle de los Santos, como testigos de que por allí ha pasado también la ira de Dios, pues había vaticinado un profeta: «Abre, Líbano, tus puertas y devore el fuego tus cedros. Aulla ¡oh abeto! porque cayó el cedro, porque los grandes han sido destruidos.»

Copiaremos sobre los actuales cedros lo que dice *El diario de una peregrinación*, obra hermosísima que nunca nos cansamos de leer: «Crecen los cedros en el valle llamado de los Santos, situado 1.800 metros sobre el nivel del Mediterráneo, al NO. de Balbek y en la pendiente meridional del Yebel Timarun, del Jum Mizab y del Alajucal, cuya altura sobre el mar no baja, como dejamos dicho, de 3.000 metros. Están distribuidos en siete bosquecillos, que forman otros tantos oasis en medio de barrancos profundos y estériles peñascos. Los más antiguos agrúpanse al SE. y ascienden al número de doce, que sin duda existían ya en tiempo de Hirán y de Salomón, y han llegado hasta nosotros desafiando los siglos y la cólera del rayo, que en todos ellos dejó señales muy marcadas. El tronco de dos de ellos tiene más de 13 metros de circunferencia; del extremo de una rama al de la que sigue la dirección opuesta se cuentan más de otros cincuenta, y no bajan de veintinueve los que mide de altura. Hé aquí, exclama Mons. Mislin, lo que resta de la gloria del Líbano, triste realización de las palabras de Isaías: «Y los árboles que quedasen de su soto serán cortados por su escasez y un muchacho los escribirá.»

Los peregrinos y viajeros suelen dejar grabado su nombre en la corteza de aquellos venerables árboles. Robinsón leyó algunos que llevaban la fecha de 1640. Los cedros que crecen en los otros bosquecillos son bastantes más jóvenes y también en mucho mayor número.

Réstanos añadir que en nuestro Jardín Botánico hay tres ó cuatro cedros del Líbano, que se trajeron en tiempo de Carlos III, y se alzan hoy muy hermosos en la parte más alta, junto á la tapia que cierra el jardín por la parte de Atocha.

PATIO DEL REAL MONASTERIO DE SAN PEDRO DE CARDEÑA, RESTAURADO EN TIEMPO DE DON ALFONSO X

(Véase el estudio que comenzamos á publicar del Sr. Zorrilla.)

SAN GREGORIO MAGNO Y SAN AMBROSIO, estatuas del altar mayor del Escorial.

En el primer cuerpo de este magnífico retablo hay cinco grandes nichos ó intercolumnios, de los cuales los extremos, de cuatro y medio pies de ancho, se dividen en dos nichos, fondo jaspe verde, colocados uno sobre otro, y en ellos están puestas cuatro estatuas del tamaño natural, que representan cuatro Doctores de la Iglesia, ejecutados, como todas las estatuas del altar, que son quince, por Pompeyo Leoni, que firmó la de San Pablo, y por su padre León Leoni, excelentes artistas ambos. Las efigies que hoy publicamos pertenecen á este orden de Doctores, y las otras dos restantes vendrán en otro número, que son San Agustín y San Jerónimo.

Estas estatuas son de bronce, de tamaño natural y están ejecutadas con gran acierto y delicadeza.

SANTA MÓNICA, VIUDA

MADRE DE SAN AGUSTÍN



ANSIOSA siempre de nuestro bien nuestra Santa Madre la Iglesia, no menos que la glorificación de los Santos, busca, al consagrar á su memoria los días, nuestra propia enseñanza. Ya es el celo infatigable del apóstol el que recomienda á nuestra imitación, ya la fortaleza del mártir la que nos propone como modelo en la manera de llevar con bien nuestros trabajos; ya, en fin, la pureza de la Virgen con la que nos mueve á dar el dominio de nuestro ser al espíritu. No son éstos los ejemplos más adecuados al común de los fieles, y así se la ve, con frecuencia, extenderse á las necesidades generales, proponiendo modelos más fáciles de imitar, á la vez que coronando de gloria los nombres más humildes. Hoy mismo nos da una prueba de esta su piadosa solicitud proponiéndonos el ejemplo de una mujer que se santificó en medio de los quehaceres del hogar, sin que le sirviesen de estorbo las graves atenciones de la familia. Pocos nombres como el de Mónica podrían servir de argumento más concluyente en favor de nuestras observaciones.

Nacida en Tagaste, hoy Souk-Arras, pequeña población de la parte septentrional del África, el hogar doméstico pudo admirar desde luego sus virtudes, y fué siempre el teatro en qué lució la Santa los extraordinarios dones recibidos del cielo. El estado de su casa y familia, si no noble ni rico, no era tampoco ni bajo ni miserable; pero los padres de Mónica contaban con otros muchos títulos que les hacían más acreedores á la estimación de los buenos. Su fe viva y su amor á la virtud, testificado con obras, les conquistaron en vida el aprecio de sus conocidos y les merecen hoy un nombre esclarecido. En testimonio de la pureza de su fe se aduce el ejemplo de haberse conservado constantemente fieles á las enseñanzas de la Cátedra romana en medio de un pueblo que parecía vivir de la agitación religiosa, y en prueba de su virtud tenemos el corazón de nuestra Santa formado en el bien por la eficacia de sus sanas doctrinas y santos ejemplos.

Bien que semilla tan preciosa caía en tierra dispuesta y fértil. Al detener la consideración en los primeros años de la vida de nuestra Santa, encanta sobremanera aquel su natural virtuoso, para quien era camino real y abierto la espinosa senda del bien. Modesta, humilde, obediente á las mismas insinuaciones de sus buenos padres, Mónica hacía casi inútil la vigilancia de la anciana venerable á quien estaba confiada. Sólo una vez se sabe que hubiera sido necesario á la respetable aya hacer uso de su autoridad, y aun entonces bastóle una insinuación, si bien muy amarga, para que la virtuosa discípula rompiera desde luego con sus pequeñas pasiones.

Estas sus virtudes, si perdieron con el tiempo aquel encanto que les da la juventud, ganaron en solidez. El estado que en todos nosotros se origina del trueque de las costumbres infantiles por las graves que la sociedad nos demanda al contarnos entre sus miembros activos, fué para nuestra Santa de prueba, y pudo desde luego convencerla de que entraba desde entonces en una vida de martirio. Doloroso debió de ser el desengaño de su corazón

inocente cuando, al despertar del sueño en que nos mantiene de niños nuestra natural candidez y la inexperiencia de los pocos años, abrió los ojos á un nuevo horizonte cubierto de nubes. Su primer paso en el nuevo género de vida fué para ella fuente fecunda de disgustos y trabajos.

Sólo una necesidad gravísima, de que nunca agradecerán debidamente verse libres los pueblos en que la diversidad de fe religiosa no ha levantado aún dos altares, pudo mover á los padres de nuestra Santa á unirle en matrimonio con un pagano. Aun así no se comprende tan extraña determinación sin que mediasen otras causas especialísimas que hoy no es fácil señalar. Patricio, el hombre designado para compañero de nuestra Santa, era de natural áspero y dado al vicio; natural que, si por sí solo bastaba para acarrear á la virtuosa joven gravísimos disgustos, recibía nuevas torcidas inclinaciones del ensanche y libertad de las máximas religiosas en que se había educado.

Los hechos comprobaron la razón de tales temores. Las exhortaciones y buena vida de Mónica se estrellaron por mucho tiempo en el carácter áspero de Patricio, cuya animosidad sólo la prudencia y mansedumbre de nuestra Santa podía hacer tolerable. Para dar mayor eficacia á sus oportunas insinuaciones y á sus buenos ejemplos, la virtuosa joven se propuso ceder de sí cuanto estuviera en su mano y no se opusiese á la verdadera dignidad de la mujer cristiana; convirtiéndose muy luego en solícita sirvienta de su esposo, quien sentía serenarse su agitado corazón y deshacerse las tempestades que la menor contradicción levantaba en su ánimo irascible á vista de tanta dulzura y mansedumbre.

Ni los trabajos de Mónica, ni sus virtudes, eran un misterio para los habitantes de Tagaste. Era bien conocida de todos la índole de Patricio para que hiciera creer que con su moderación y buena vida formaba la felicidad de su consorte; y como, por otro lado, la desigualdad y abatimiento en que el paganismo ha tenido casi siempre á la mujer hacía cosa común en muchas familias la discordia y el escándalo, el orden de la casa de Mónica se traslucía más aún, redundando en gloria de la Santa. Todo esto le conquistó grandísimo ascendiente sobre los ánimos de sus conocidos, de que se valía, en su amor á la paz, para hacer unos los corazones divididos; más de una vez, enemistades particulares llevadas hasta el odio cedieron á las exhortaciones de Mónica, á quien nunca faltaba explicación satisfactoria para el término más injurioso.

Mónica tuvo otras muchas contradicciones en su propio hogar que hicieron resaltar de nuevo las virtudes encomiadas. En su servicio no faltaban personas ruines para sacar partido de las tristes condiciones en que se veía. Algunos de sus sirvientes aguardaban de su boca el término más inocente para denunciarlo, y más de una vez consiguieron por medios tan reprobables llevar el desasosiego y la discordia, no al pecho de Mónica, que se conservaba sereno en todas estas tempestades, pero sí al de Patricio y al de la madre de éste, que era lo bastante para que nuestra Santa tuviera mucho en que ejercer su paciencia.

Sin embargo, lo hasta aquí padecido era nada respecto de lo que la esperaba en su estado de madre. La diferencia de sentimientos religiosos nunca le acarreó tan serios disgustos como al ponerse de por medio la suerte de sus hijos. No era ya el propio interés, que, á pesar de los malos ejemplos, podía sostener incólume ayudada de la gracia divina; no era tampoco la conversión de Patricio, que el tiempo se encargaba de llevar á cabo; eran los intereses eternos de seres inocentes á quienes Mónica no quisiera dar vida sino para el cielo, los que, peligrando, habían de producir los más terribles choques entre ambos esposos.

Todo logró vencerlo Mónica. Consagrada constantemente al cuidado de sus hijos, supo ser tan buena madre como incomparable esposa, á pesar de las dificultades que tendían á hacer incompatibles ambos títulos. ¡Qué aspecto tan apacible y venerando supo dar á su casa! Las necesidades materiales, tan comunes en el hogar doméstico, puestas como fundamento de la propia perfección en la vida espiritual, hacían del feliz hogar un santuario; y el asco, el buen arreglo y las prosperidades temporales daban bien á entender los principios económicos que regían á aquella casa, siendo á la par garantía de los ventajosos resultados que en las familias produce esta alianza de la virtud con los quehaceres materiales.

En dos escollos suelen dar las almas virtuosas cuando en los oficios de la vida común no reglan sus santos deseos por la necesarísima virtud de la discreción. Por una parte, el deber de atender á los cuidados de familia se les representan de modo tan apreciante que parece no dar lugar á otros negocios

también necesarios; por otra, los encantos de una vida entregada toda á Dios las seduce, elevándolas á abandonar las obligaciones comunes de su estado, con grave perjuicio de los intereses domésticos y de la misma virtud. Todo el desarreglo de las familias cristianas no nace sino de tales extremos. Pues bien, Mónica supo conciliar de tal modo y con tal discreción tan diversos deberes, que nunca será bien ponderada la conveniencia de que se la propongan por constante modelo las personas de su estado ¹.

Nuestra Santa tuvo varios hijos, de quienes con tan acertada dirección supo hacer otras tantas personas de bien en la sociedad y fieles observantísimos en la Iglesia. Nunca se cumplió mejor que respecto de Mónica la promesa divina de convertir el hijo en corona del buen padre: los nombres de todos ellos nos dan hoy testimonio clarísimo de la gran virtud de Mónica, presentándonos en la corona de santidad y gloria que les hace ilustres, la de gloria y santidad eximias que ciñe al de su santa madre. Pero ninguno de ellos ha contribuido á hacer claro el nombre de ésta como aquel hijo de sus lágrimas, Agustín, el hombre insigne que llena con sus glorias el mundo todo. Agustín es hoy la mejor corona de Mónica y el más fiel testigo de sus virtudes. Es imposible acordarse del gran Doctor africano sin que venga á la mente el recuerdo glorioso de la mujer insigne que supo formar su corazón y su inteligencia. Los triunfos de Agustín son los triunfos de Mónica, y aun en sus extravíos, ó por mejor decir, en sus extravíos mejor que en ninguna otra cosa, nos da prueba irrecusable del influjo que su santa madre tuvo en los principales hechos de su turbada vida.

Mónica imprime en su alma, niño aún, aquel amor al nombre de Jesús que no había de dejarle ya, ni aun en los tiempos de sus mayores extravíos. Contar los cuidados que agitaron el pecho de Mónica hasta poder abrazar al hijo querido convirtiéndose, sería tarea muy larga para una biografía de pocas páginas. Baste decir que no hay un solo hecho de interés en la vida del gran Doctor en que no ande la mano de Mónica. Se trata de dar á Agustín una educación esmerada que haga desplegar las alas su admirable ingenio, y Mónica, contra lo que pudiera creerse, no se opone á ello, aunque la guían móviles bien distintos de los de su esposo; Patricio busca para Agustín un nombre ilustre que le haga accesible las más elevadas dignidades de la sociedad: Mónica, sin deshechar del todo ese fin, se propone llevar al alma de su hijo los tesoros de la sabiduría verdadera, porque, para prueba insigne de su claro juicio, pensaba nuestra Santa que la ciencia había de ser parte á hacerle entrar en el camino del bien ².

No se la ocultaban tampoco los grandes peligros que había de correr la salud espiritual de su hijo en los estudios: y sólo, dada la triste condición de los tiempos, se explica que consintiera en que los hiciese con maestros paganos y por medios propios para pervertir un corazón inocente. El pensamiento de Mónica salvaba las distancias que la separaban de su hijo cuando éste se entregaba á las locuras de una juventud viciosa en Madaura y Cartago, y su ojo de madre cristiana vió desde luego en la frente de Agustín la primera mancha que empañara la inocencia de su pecho. Lloró entonces, y levantaba sin cesar las manos al cielo pidiendo la salvación del hijo amado; mas creyendo que las lágrimas no parecían justificar suficientemente su interés por la suerte del joven las acompañó con las obras, dedicándose en adelante á atraerle por todos los medios al buen camino. Redobló la vigilancia, interesaba á cuantas personas le parecía tener alguna influencia en la estimación de su hijo para que le redujesen al sentir católico; y como los males de Agustín parecían nacer de la ceguera y tinieblas en que su alma vivía, no bien llegaba algún personaje católico conocido por el lustre de sus letras cuando ya estaba allí Mónica para instarle las empleara en seducir á su hijo al camino de la verdad. Haciendo una violencia extrema á su corazón amoroso, Mónica llegó hasta imponer á Agustín la pena de vivir alejado de su compañía.

Sucedió que un día, cerrando por primera vez Agustín su pecho al amor que siempre tuvo á su madre, á impulso del insaciable sueño de gloria dejó los goces de su patria para buscar en otras tierras el nombre que entre sus paisanos no se había adquirido. Mónica no pudo menos de sentir grandemente el agravio que así le hacía su hijo, hasta entonces fiel y amante; pero lo que desde luego conmovió su pecho fué la triste suerte que esperaba á Agustín cuando, alejado de ella, no se encontrase con aquellas tiernas miradas de madre,

¹ Agust., *Confess.*, lib. IX.

² Agust., *Confess.*, lib. IX.

que le fueron siempre poderoso obstáculo en el camino del vicio. A vista de tales perspectivas no vaciló un instante Mónica: sin temor á un largo y peligroso viaje, sin consideración á su edad avanzada, sacrificando un tierno afecto hacia la casa paterna y el país que la viera nacer, pasa los mares y va á buscar á su hijo á Italia, país en que se había refugiado¹.

Agustín entre tanto había pasado por grandes transformaciones. Roma, la ciudad insigne que había escogido por teatro de sus soñados triunfos, dióle no pequeños desengaños, y descorazonado al ver frustradas sus esperanzas, había solicitado y conseguido el elevado empleo de profesor de Retórica en Milán, una de las primeras ciudades del Imperio. La llegada de Mónica no era humanamente la más oportuna: halagado por la majestad del puesto en que se veía y por el nombre que supo conquistarse en él, creía ya Agustín haber echado el cimiento de su gloria, y no era fácil que renunciara por entonces á sus aspiraciones. Para mayor contradicción había dado con sus opiniones religiosas en un abismo casi imposible de salvar: á su ciega creencia en los dogmas maniqueos, había sucedido la más temible duda; y ¿qué podía esperarse de un hombre que, habiendo empleado los recursos de su poderosa inteligencia en la investigación de la verdad, venía á rendirse descorazonado de hallarla y dispuesto á rechazar ó ver con prevención cuantas promesas en contrario se le hiciesen? Pero donde la mano del hombre es impotente consigue comúnmente la de Dios sus más gloriosos triunfos, y Mónica halló á su hijo convertido cuando pudiera creerse obstinado en la senda del mal.

La palabra inspirada del gran Ambrosio iba por disposición divina deshaciendo la bruma que rodeaba el corazón de Agustín, haciéndole latir primero, cobrar fuerza después, y al fin agitarse con vida y resolución poderosa. El hijo de Mónica se desataba al fin de las inquebrantables cadenas en que viviera tanto tiempo cautivo, para entregar su cuello al suave yugo de la fe católica. Mónica lloró también entonces, y tal vez como nunca; pero sus lágrimas no eran ya aquellas que estrechaban su pecho: bálsamo reparador de pasadas heridas y prenda de futuras esperanzas, las nuevas eran expresión fidelísima del gozo que embargaba su santo pecho. ¡Con qué gozo no vió caer el agua de regeneración sobre la cabeza de Agustín!

Diríase que nuestra Santa no había vivido sino para dar la vida de la gracia al gran Doctor africano. Pocos meses después del bautismo del gran hombre, tiempo durante el cual tomó Mónica parte en todos los proyectos que al nuevo convertido le sugería su fervor religioso, sentíase Mónica llamada de esta vida. Creyendo inútil su estancia en Milán, había al fin Agustín determinado restituírse á su patria, para dar los ejemplos de una virtud heroica allí donde su antigua escandalosa vida había servido de tropiezo á muchos inocentes. Con tal objeto se hallaba de paso en el puerto de Ostia, cuando asaltó á su santa madre la enfermedad de muerte que la arrebató de la tierra. Después de un dulcísimo coloquio en que madre é hijo llegaron á gustar los gozos celestiales, hasta tal punto que Agustín pudiera decir después

que si en sí no tuviera término no sabría cómo distinguirlas de los de la gloria, Mónica se sintió llamada á recibir el premio de sus trabajos, y entre los sollozos de sus hijos, con una muerte santísima, dejaba este valle de destierro. Sus últimos momentos fueron edificantísimos. Preguntada por Agustín si quería que su cuerpo fuese llevado á la tierra de sus padres para que descansase junto á sus cenizas y las de su esposo, Mónica mostró cuánto desaprobada tal pensamiento manifestando que para el cristiano no hay más patria que la del cielo.

No dejó de consolar á sus hijos, de darles sabios consejos, y sobre todo de rogarles que no se olvidasen de ella en sus oraciones¹.

El tiempo no nos ha conservado ninguna imagen auténtica de Mónica donde pudiéramos mirar aquel

que sobre la felicidad y bien del hombre expresó, y el mismo Agustín, hombre no fácil de dejarse llevar de preocupaciones, protestaba que le parecían muy dignos de la boca de un sabio.¹

La humildad de Mónica había hecho desconocido su nombre fuera de su familia y del pueblo en que comúnmente vivió; así que, al bajar al sepulcro, su memoria quedó, por decirlo así, sepultada, viviendo casi exclusivamente en el corazón de sus hijos. Si no es el recuerdo de sus virtudes que se conservaba bastante vivo en sus buenos conocidos de Tagaste; si no es la memoria frecuente que de ella hacía Agustín en sus conversaciones familiares, en sus escritos, y aun en sus pláticas al pueblo cristiano de Hipona, casi nada hacía salir el nombre de la Santa del olvido en que á los vulgares sepulta la muerte. El pequeño

monumento con que la mano de su piadoso hijo cubriera su cuerpo enmudecía á fuerza de los años, oscureciéndose así la buena memoria que en Ostia dejara su santa muerte. Sin embargo, la mano de Dios velaba sobre los huesos de su sierva y le preparaba grandísimo triunfo. De esa buena memoria que Ostia conservaba de la Santa valiose para que sus huesos fuesen trasladados á lugar más decoroso y á sitio más seguro cuando las invasiones de los lombardos hicieron temer á la Iglesia de Ostia por la suerte de sus tesoros sagrados. No sino merced á la mano divina olíase el nombre de Mónica después de siglos de una oscuridad casi absoluta.

En el siglo XII empiezan los pueblos cristianos á dar continuas muestras de veneración hacia nuestra Santa. Su nombre se repite con el respeto que el de un Santo; su imagen se deja ver en los lugares sagrados; y, en fin, su protección es implorada como la poderosa de un cortesano del cielo. A todo lo cual puso colmo Martín V en el siglo XV. Este santo Pontífice, que cuenta entre sus mayores glorias la grandísima de haber hecho conocido al mundo, cual se debía, el nombre de Mónica, mandó por inspiración divina, si ha de juzgarse por lo inesperada, que se buscasen los restos de nuestra Santa, y, hallados, se esmeró en su translación y culto.

Su sermón en la fiesta de la deposición de los sagrados restos muestra, en el calor y entusiasmo que le animan, el afecto grandísimo que este Pontífice ilustre sentía hacia nuestra Santa. El Señor mostró la justicia con que se tributaban tan extraordinarios

hombres á su sierva obrando esos hechos prodigiosos con que su mano omnipotente sabe poner en sus obras el sello divino; y ¡cosa admirable! mostró en ellos los especiales títulos con que quiere sea Mónica honrada del pueblo cristiano: fueron dos madres las que vieron reanimarse las miradas de tiernos hijos, cuando se cerraban ya para la luz de esta vida.

De entonces acá el culto de Mónica ha ido arraigándose más entre los fieles; y hoy mismo, como si nuestro siglo conociese la necesidad grande que tiene de la protección de tan insigne Santa, su nombre toma un brillo especial cual no ha mostrado nunca. Las madres cristianas, comprendiendo la necesidad de poner á sus hijos á cubierto de las seducciones de nuestra época descreída, llorando muchas de ellas los extravíos de los suyos, se han aunado para hacer frente al mal, y al pensar en la elección de un bien-



LOS CEDROS DEL LÍBANO.

rostro amabilísimo, retrato fiel de un alma más amable y más bella; pero quedáanos sus obras, que son el más exacto espejo del verdadero sér del hombre. Fuera de las grandes virtudes que la adornaron, y que han podido ser consideradas en este breve relato de su vida, Mónica tenía notabilísimas prendas naturales. Una de ellas era cierta penetración y solidez de juicio que daba á sus opiniones autoridad suma. Cuando en su apacible retiro de Casiciaco, después de la conversión, llenaba Agustín sus ocios con conferencias sobre las importantes materias de la felicidad del hombre, en que hacía tomar parte á los amigos que le rodeaban, á Mónica, que nunca había entrado en la casa del Gramático, se reservaba también su lugar, y repetidas veces arrancó la aprobación de todos al dar su parecer ó criticar el de otros. Son verdaderamente admirables los conceptos

¹ August., *Confess.*, lib. IX.

¹ August., *Confess.*, lib. IX.

¹ August., *De Ordine*, lib. II.



aventurado bajo cuya protección y guía estuviesen, Mónica se les presentó con todos sus grandes títulos á tan señalada distinción. Los extravíos de sus hijos les trajeron á la memoria los extravíos de Agustín: la consideración de los propios deberes y de los remedios que en su cumplimiento habían de oponer al peligro les trajo el recuerdo de Mónica, la madre santa que á fuerza de lágrimas logró ver vuelto al bien al hijo extraviado. Al mover, pues, á nuestros piadosos lectores, en conclusión de este mal redactado trabajo, á la imitación y culto de la insigne Santa cuyas virtudes quedan ligeramente referidas, no hallamos medio más oportuno que proponerles que la protección y amparo de este santo instituto de la piedad de nuestros días, que con el nombre de *Asociación de Madres Cristianas* está oponiendo un dique poderoso al espíritu de disolución que trata de apoderarse de la familia, desterrando de ella la

forma que logró darle en nuestras sociedades el Evangelio. Para la mayor parte de nuestros lectores semejante protección, que quisiéramos ver convertida en concurso personal, es tal vez un deber: para todos una ocasión propicia de prestar señaladísimo servicio á la sociedad cristiana.

FR. MARCELINO GUTIERREZ,
del Orden de San Agustín.

4 de Mayo.

MÁS SOBRE LA LUZ ZODIACAL Y LOS CREPÚSCULOS ¹



La luz zodiacal es uno de los meteoros que más han llamado la atención de los sabios desde que el célebre Cassini la observó por primera vez en 18 de Marzo de 1683, y acerca de la cual se han emitido un sin número de hipótesis, ninguna de ellas satisfactorias y á veces

contradictorias entre sí. Llámase *luz zodiacal* á un resplandor que en forma de cono ó lanza se prolonga á lo largo del zodiaco, de cuya circunstancia tomó el nombre. Las horas de su aparición son por la mañana antes de salir el sol, y por la tarde después de ocultarse este astro. Es más ó menos visible, según que su altura sobre el horizonte sea mayor ó menor, debiendo sobresalir por encima de la línea de los crepúsculos para que no se confunda con ellos y pueda ser vista. El cono formado por la luz zodiacal se ve siempre inclinado más ó menos sobre el horizonte; su base disminuye á proporción que se manifiesta inclinado, su longitud ofrece la particularidad de ser mayor por la tarde que por la mañana, y en su aparición y desaparición sigue constantemente una marcha opuesta á la del astro del día. Esto es, por la mañana váse desvaneciendo por su vértice y acercándose al sol, cuando éste se aproxima á nues-



PATIO DEL REAL MONASTERIO DE CARDEÑA, RESTAURADO EN TIEMPO DE D. ALFONSO X.

tro horizonte, y por la tarde desaparece alejándose del mismo astro. La aparición de este fenómeno debe ser tan antigua como el mundo, aunque hasta Cassini no encontramos descripción alguna de semejante meteor; pero podía conjeturarse, escribe este físico, que es del número de aquellos que los antiguos llamaban *trabes* ó *vigas*, conos de luz ó pirámides, cuya historia sería de desear que nos hubieran dejado.

Entre las muchas y diversas hipótesis excogitadas para explicar la luz zodiacal, se cuentan principalmente la del mismo Cassini, para quien no era otra cosa este resplandor que un gas esparcido por los espacios etéreos. Mairán decía que era la atmósfera solar iluminada por su astro. Euler que era un anillo luminoso que acompañaba á la tierra. Para Laplace no era más que una materia cósmica, y la mayor parte de los modernos han atribuido este fenómeno á una materia gaseosa que rodea al sol, opinión que no vemos en qué se distingue de lo que Mairán llamaba atmósfera solar.

Mas, como quiera que sea, ninguna de las hipótesis indicadas es satisfactoria. Otra nueva explicación se ha ideado ahora, y Mr. E. Vial, su autor, cree haber dado con la verdadera solución del problema, y le parece no ser necesario salir de la atmósfera terrestre para explicar la causa de la luz zodiacal. Dicho autor dice que ese resplandor misterioso, vanamente estudiado desde hace doscientos años, no es en realidad otra cosa que el efecto de una reflexión interior, producida por los rayos del sol, cuando éste se halla bastante inclinado para proyectar muy oblicuamente sobre la superficie del globo terrestre una imagen prolongada, la cual sube á reflejarse de nuevo en la capa superior del aire atmosférico, de donde parte hasta nosotros para herir nuestra vista. Para demostrar su aserto comienza recordando las leyes de refracción según los diferentes medios por donde pasa la luz, y las de reflexión de los rayos luminosos sobre superficies, ya planas, ya cóncavas, ya

convexas. Hace notar que la cantidad de rayos reflejados en una superficie determinada, y por consiguiente la intensidad de la luz, es proporcional á la oblicuidad de los rayos incidentes, y cómo también la imagen de un objeto se prolonga á medida que cae más oblicuamente sobre la superficie. Vamos á compendiar lo que nos parezca necesario para dar á conocer la demostración.

Supongamos al sol 18° bajo del horizonte, momento en que, poco más ó menos, empiezan á divisarse los crepúsculos por la mañana y desaparecen por la tarde. Según las leyes que hemos indicado, los rayos de aquel astro proyectados sobre la superficie del mar ó de la tierra en todo el espacio que media entre el horizonte racional y el sensible, formarán una imagen prolongada del sol. Reflejada la luz en la superficie terrestre, se dirige, obediendo á las mismas leyes de catóptrica, á la última capa del aire, de donde, sufriendo una segunda reflexión, parte hasta llegar á la vista del observador. Aquí hacemos caso omiso de la refracción de los rayos solares, pues

¹ Revista agustiniana.

no puede influir más que en el adelanto ó retraso de la luz. Es sumamente fácil de comprender que cuanto más levanta el sol sus rayos caerán menos oblicuamente sobre la superficie terrestre, y, por lo tanto, menor debe ser la prolongación de la imagen formada, y menor también la intensidad de la luz; y véase por qué á las mañanas el cono radial disminuye en longitud é intensidad conforme el astro del día se acerca á nuestro horizonte. También es fácil comprender que el meteoro se ha de reproducir por la tarde en sentido contrario al de la mañana; es decir, que cada vez se alarga y aparta más del sol, aumentando á veces la intensidad de sus resplandores. Obsérvese que la luz zodiacal presenta mayor altura sobre el horizonte por la tarde que por la mañana. La causa de esto se explica diciendo que el aire atmosférico se ha dilatado por el aumento de temperatura durante todo el día, y que por lo mismo la atmósfera mide mayor altura, sucediendo lo contrario por la mañana por causa del enfriamiento nocturno.

La inclinación del cono zodiacal siguiendo la eclíptica tampoco ofrece dificultad, según Vial; como tampoco la ofrece el que su base disminuya en proporción de la inclinación, pues así una cosa como la otra dependen de la posición en que el observador se encuentra.

Si estuviéramos en el mismo plano de la eclíptica, el cono nos parecería recto. En el Ecuador, dice Humboldt, es perpetua la aparición de la luz zodiacal. Lo mismo sucederá en todos los puntos en que la inclinación de la eclíptica no sea muy grande. Pero las más de las veces se confunde el meteoro de que vamos hablando con los crepúsculos, que no permiten distinguirlo, y otras puede ser obstáculo suficiente para no verlo la poca regularidad de las capas superiores del aire.

No todos admiten la teoría que precede, al parecer tan sencilla. Mr. Ph. Bretón la reprueba y ha hecho á Mr. Vial algunas observaciones sobre la imposibilidad de que suceda del modo dicho. Entre otras dificultades dice que es imposible percibir á simple vista la luz reflejada en las capas superiores del aire por hallarse éste en aquellas regiones muy dilatado, que no parece tener las condiciones necesarias para que se efectúe la reflexión. No nos parece esto suficiente para destruir la teoría de Mr. Vial, y pudiera salvarse la dificultad con decir que no es necesario que todos los rayos de la luz vayan á reflejarse en la última capa atmosférica. Después de dar su parecer Mr. Bretón, concluye por decir que el estudio de Vial podrá servir para la explicación de los crepúsculos, pero que de ningún modo para la luz zodiacal. Mas si esto fuera cierto, añadiríamos nosotros que ni para explicar los crepúsculos presenta nada nuevo dicha teoría. Desde los tiempos de Keplero se han apoyado muchos en lo mismo para explicar la formación de los crepúsculos, y prueba de ello es que, así éste como los que le han seguido, se valían de la reflexión de los rayos solares en la suprema capa del aire para determinar la altura de la atmósfera, aun cuando prescindiesen de la primera reflexión terrestre que expone Vial, por no serles necesaria para el objeto que se proponían.

Los resplandores crepusculares observados desde los últimos días de Noviembre suscitaron en Vial la idea de la teoría que hemos expuesto. Opina este físico que entre los crepúsculos y la luz zodiacal existen las más íntimas relaciones, ó que estos dos fenómenos reconocen por única causa la reflexión de los rayos solares en la atmósfera que nos rodea; con la diferencia de que la reflexión que motiva los crepúsculos se efectúa, no sólo en la superficie interior de la capa última de aire, como la luz zodiacal, sino también en las masas de polvo cósmico de que la atmósfera está impregnada. Nosotros añadiremos otra diferencia: la luz crepuscular procede de una sola reflexión realizada directamente en la masa atmosférica; la luz zodiacal, según el citado autor, es el resultado de dos reflexiones: una en la superficie terrestre y otra en las altas regiones del aire.

Que los crepúsculos sean causados por la reflexión dicha, no cabe duda alguna. La dificultad está en explicar la coloración especial que han presentado y presentan á nuestra vista. Así lo creímos desde un principio, y nos pareció que el aire debía estar impregnado de alguna sustancia extraña, llámese cósmica, ó como quieran llamarla; pero esa sustancia cósmica esos polvos meteóricos, esos vapores, según otros, eso que modifica la constitución de la atmósfera, ¿de dónde procede? ¿Qué elementos contiene? ¿Qué es? ¿Cuál es su constitución? A esto no podemos responder más de lo que han visto nuestros lectores.

IMPLORACIÓN ¹

A tus plantas me postro,
Virgen María,
A implorar el consuelo
Del alma mía:
¡Oye á tu hijo,
Que anhelante derrama
Llanto prolijo!

Emperatriz del cielo,
Dulce abogada,
De Dios y de los hombres
Madre adorada:
Suba á tu trono
Esta pobre plegaria
Que triste entono.

Del mundo entre el delirio
Pequé ofuscado;
Mas conozco lo enorme
De mi pecado,
Y arrepentido,
A tu bondad inmensa
Clemencia pido.

De mi pobre existencia
Los vendavales,
¡Calma con tus sonrisas
Angelicales!
Virgen bendita,
Del pecador escucha
La tierna cuita.

¡Ay! Que regala el mundo
Placer amargo,
Y tras cortas venturas
Dolor muy largo:
Mi débil pecho,
Por acerbos torturas
Está deshecho.

¡Madre! Con tus miradas
Medicinales
¡Cura el sangriento encono
De tantos males!
Mi amor recibe,
Y del perdón la copa
Dame que libe.

JORGE S. DE LA RIERA.

Gijón, 1883.

SAN PEDRO DE CARDEÑA

Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.



Muy señor mío: En virtud de la impresión que me causó la lectura de un artículo suyo, en el cual, con espíritu español y católico, suplicaba á los amantes de las glorias artísticas de España que le favoreciesen con su concurso, remitiéndole descripciones y dibujos de cuantos monumentos desconocidos existan en nuestro país, ya guardados en las iglesias y museos, ya abandonados entre el polvo de las ruinas, me he resuelto á comunicar á usted unas cuantas noticias que he podido recoger entre el matalotaje de mis papeles, y que siempre hubieran estado durmiendo entre el polvo, si usted, con sus instancias tan oportunas, no hubiera llamado mi atención y vencido mi pereza. Todas las dificultades que se me presentaban á mi vista para seguir ocultando en un rincón los siguientes apuntes de la Edad Media, las desvaneció usted con el citado artículo. «No reparan, dice (y con su permiso me complazco en repetir para que todos los que, creyéndose inútiles como yo, pudiendo sólo llevar un grano de arena para edificar un monumento á la piedad católica, se alienen y ayuden en tan buena empresa) no reparan en que los dibujos sean imperfectos, las fotografías pálidas y borrosas, las descripciones incompletas y desaliñadas; cada cual haciendo lo que puede hace bastante; que el mérito de las buenas acciones descansa en la buena intención más que en los resultados prósperos y felices... Aquí se corregirán los escritos que lo necesiten.» Confiado en estas promesas voy á referir á usted mis impresiones del viaje á San Pedro de Cardena, donde como en un archivo se guardan restos de la Edad Media de inestimable valor para los arquitectos, anticuarios y para todos los amantes de nuestra nación, y los

cuales subsisten en el ex-monasterio de Benedictinos de San Pedro de Cardena, digno de ser más frecuentado por los hijos de nuestra patria nobilísima, algo olvidadizos de las cosas propias (lo que hoy es digno de lamentarse) para entusiasmarse con las extranjeras.

¿Qué viajero, y mucho más siendo español, habrá que, al pasar por Burgos, no admire los primores y bellezas de su catedral, y se detenga á observar en su exterior las numerosas agujas adornadas de trepados, cuya cúspide afilada se levanta hasta esconderse en las entrañas de las nubes? ¿Á quién no sorprende su carácter ojival, sus dos torres gemelas con sus calados, y sus esbeltos chapiteles y sus estatuas? Á su vista el incrédulo, lleno de admiración, no puede menos de exclamar compungido: «*Afuera, deidades quiméricas... Grande es el Señor que habita grandes casas... Dios ha fundado esas cúpulas sobre los aires*», ó con D. Manuel de Assas:

Templo insigne, que un santo rey fundara
En la antigua cabeza de Castilla;
En la ciudad que en una y otra orilla
Yace del Arlanzón;
Que con sirgo, tapices, plata y oro
Y rica pedrería te engalanas;
Que el aire con tus téntricas campanas
Pueblas de ronco son.

Pues al lado de esta maravilla y dechado de las artes, á 6 kilómetros caminando al Oriente con alguna declinación al Mediodía, había por los años 537 una ermita dedicada á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en la que se veneraba un santo Crucifijo de mucha devoción, y como á unos 100 metros de ella una fuente, que hoy se llama Caradigna. El infante Teodorico, hijo de la reina Sancha, de su marido Teodorico, rey de Italia, fatigado un día de haber andado á caza ¹, después de haber bebido en dicha fuente, echándose á dormir y cogido el sueño, despertó acometido de accidentes mortales que le quitaron luego la vida.

Afligida con tan inesperada muerte de su hijo, mandó la reina Sancha se le diese honrosa sepultura en la ermita de los referidos Santos Apóstoles, comenzando desde luego á fundar en ella un monasterio de monjes observantes que le hicieran compañía y lo encomendasen á Dios. Vivía entonces en Italia el gran patriarca del monacato en el Occidente, San Benito, cuya santidad y doctrina, con la sumisión y aprovechamiento de sus discípulos, eran el pasmo y edificación de los fieles en toda la Iglesia. Su autoridad real y el poderoso influjo de su marido en aquel reino, facilitaron á la reina Sancha el traer á España doce monjes educados en la escuela de tan santo, docto y famoso maestro, y plantar con ellos la celestial doctrina de su regla el año 537 en el proto-monasterio benedictino de España, que estaba edificando y tenía edificado ya. Este monasterio, llamado de San Pedro de Caradigna ² ó Cardena, donde tienen distinguida sepultura el infante Teodorico y la Reina fundadora su madre, ha sabido conservar con honor en todo tiempo la observancia monástica correspondiente á los sólidos cimientos en que la establecieron los discípulos de San Benito ³. El concepto que formaron de ella una multitud de reyes, de condes, soberanos y de insignes varones que lo eligieron para depósito de sus cadáveres, y la liberalidad con que la dotaron otros muchos fieles, son una prueba, entre otras que se omiten, demostrativa de esta verdad, puesto que unos y otros se esmeraron en honrarlo, movidos de la exacta disciplina regular de sus hijos.

En este real, ilustre y observantísimo monasterio habitaban en el siglo IX de la era cristiana *doscientos monjes*, que, floreciendo con singular santidad de vida, se hallaron todos dignos de ser promovidos por Jesucristo á la corona del martirio. Súbditos del abad Esteban, perennemente ejercitados por este varón santísimo en la palabra espiritual, enseñados á vencer la carne, á despreciar el

¹ Este fué el principio y motivo de fundarse allí dicho monasterio de Cardena, según el Rdo. P. Mtro. Berganza, omitiendo otras cosas que añade el Rdo. P. Fr. Juan de Velorado, en la *Crónica del Cid*, desautorizadas por Sandoval y Mabillon.

² De intento he querido poner su primitivo nombre, por que confirma más el parecer del P. Flórez, tomo XXVI de su *España sagrada*, folio 44, contra Sandoval. Este, en la Regla de San Leandro á Santa Florentina, cita las ciudades que T. Livio (lib. III, cap. XXI) nombra Cardón y Bardón; que, con toda la costa marítima, se levantaron (197 a. J.) en favor del régulo Lusino, que con otro llamado Colcas movieron armas contra el proconsul romano M. Helvio. De suerte que de los nombres de dichas ciudades sacó el nombre de Cardena cerca de Burgos, donde está el monasterio de Cardena, y por el de Bardón el de Bardulia ó Castilla.

³ Tal es la tradición de este monasterio, aunque tiene contra sí muchas dificultades. Los primeros monjes que salieron del lado de San Benito fueron San Plácido y sus compañeros en el 537.

¹ En la poesía *A la Iglesia* publicada en el anterior número, de la que es autor el firmante de ésta que hoy publicamos, se ha cometido un error de copia, que el buen juicio de nuestros lectores habrá salvado. Donde dice: *Se cobija y espera remembranza*, debe decir: *Se cobija y espera bienandanza*.

mundo y á poner en fuga las potestades aéreas, noticiosos de que tenían sobre sí un ejército de árabes, ministros de Satanás, capitaneados por Zefa¹, y que venían sedientos de sangre, no quisieron recibir redención ninguna por hallar mejor resurrección², sino que unánimes, poderosos con la armadura de Dios, fervorosos en el espíritu, se mantuvieron firmes en sufrir cualesquiera males; y entendiendo muy bien «que no son condignas las pasiones del tiempo presente respecto á la gloria venidera que se revelará en nosotros», se fortalecieron con mutuas exhortaciones á sufrir el martirio y se previnieron con súplicas continuas á Dios, para padecer por su gloria.

Confirmados así en la divina gracia, esperando con ánimo firme en el claustro del monasterio, recibieron con suma paciencia la irrupción de sus asesinos, que, mirándolos como á los más acérrimos impugnadores de su execrable secta, los degollaron cruelmente, proporcionándoles su inhumanidad la corona deseada el miércoles 6 de Agosto de la era ó año 872; y arruinando en seguida el convento, dejaron abandonados los santos cuerpos y marcharon. Mas apenas se retiró el funesto ejército de árabes acudieron los fieles de Cristo, sepultaron las sagradas reliquias³ y escribieron apresurados en dos piedras, que todavía se conservan, la breve pero muy apreciable historia de su heroico triunfo.

Ni fué sólo éste el honor con que después de haber coronado en los cielos á sus soldados los hizo gloriosos en la tierra, sino que también ilustró, para gloria de los mismos, con célebre milagro su sepulcro, ostentándolo rojo como rociado de sangre reciente por muchos años consecutivos el día aniversario de su martirio⁴. Se reedificó el monasterio el año 899 por el rey Alfonso III, según expresa el Cronicon de Cardena, y este mismo Rey pobló á Burgos por D. Diego. (Conde.)

José MARTÍN ZORRILLA.

(Se concluirá.)

LA ROSA BLANCA DE LOS KERMADEC

(Conclusión.)

VI

ANTONIO fué á unirse con su amo algunos días después del incendio, mas su ausencia no duró mucho tiempo. Apenas habían pasado algunas semanas cuando volvió al caserio en un estado digno de lástima. Encorvado, abatido y desfigurado, maldecía la suerte que le condenaba á ser, por segunda vez, el mensajero del dolor y de la muerte. Paul de Kermadec también había muerto. Antonio había vuelto á las filas vendeanas para asistir á sus últimos momentos. La noche después de su llegada, los vendeanos, rechazados en diversos puntos, se habían unido para dar una batalla desesperada, en la cual Paul había tomado parte. Herido varias veces, todavía peleaba con heroico ardor cuando una bala vino á pasarle el pecho y cayó para no levantarse más. En las ansias de la agonía había desatado la rosa blanca que llevaba en el hojal, y en la cual habían caído algunas gotas de sangre. Después de haberla llevado á sus labios, se la dió á Antonio:

—Lleva este recuerdo á mi madre y á Diana—dijo con voz entrecortada—voy á unirme con mi padre. A mi madre y á Diana les dirás que no me lloren, pues pronto nos hallaremos todos juntos en la felicidad eterna.

Y sintiéndose desfallecer, hizo una señal á Anto-

nio para que se acercase, y añadió con voz agonizante:

—A tí, mi más antiguo amigo, lego la espada de mi padre para defenderlas á las dos.

Pocos momentos después, mientras Antonio besaba, con lágrimas en los ojos, la fría mano que aún quería apretar la suya, Paul exhalaba el último suspiro.

De la noble y antigua casa de Kermadec no quedaban ya más que una joven y una mujer en la agonía. La condesa no pudo sobrevivir á la pérdida del último de sus hijos, y murió mártir de los sufrimientos de su alma más bien que de los de su cuerpo. El presentimiento de Diana, al decir ¡adiós! al panteón de su familia, se había realizado por completo.

A los dieciocho años quedaba sola sobre las ruinas de toda su familia.

VII

Ya no contaban los vendeanos sus derrotas: casi todos los jefes habían muerto ó estaban prisioneros, y su situación era cada vez más grave. Separados los unos de los otros, batidos en todas partes, buscaban un asilo en medio de los bosques. Cerca de una roca escarpada, conocida con el nombre de Roca Negra, se abría una caverna profunda, conocida solamente de los habitantes del país. La entrada estaba cubierta con espinos y zarzas de grande altura que parecían impenetrables. En esta caverna se había refugiado un destacamento bastante numeroso de vendeanos. Una tarde, un hombre bajó á la caverna seguido de una joven vestida de luto, y que llevaba un fusil sobre sus hombros. Después de haber pagado el tributo de sus lágrimas á la pérdida de su madre, Diana había pensado en el juramento hecho á su padre y que ahora podía impunemente cumplir. Antonio había hecho también el sacrificio de su vida, y había conducido á su ama á la Roca Negra. Diana halló allí un oficial general de bastante edad, el conde de V... Conocía á la señorita de Kermadec, y sintió dolorosa extrañeza viéndola llegar en medio de ellos. Empleó toda la persuasión y todos los consejos que le dictaba una amistad sincera con el fin de desviarla de sus proyectos guerreros; mas tuvo que ceder ante su inquebrantable voluntad.

—¿Qué me importan la fatiga y los peligros?—repuso friamente—quiero combatir y morir con vosotros.

—¡Morir!—repitió el conde enternecido—pobre criatura, sois demasiado joven para abrigar semejantes pensamientos. A vuestra edad debe temerse la muerte.

—Jamás la muerte ha espantado á ninguno de mi familia—repuso Diana con viveza—y ¿pensáis—añadió con triste sonrisa—que mi existencia sea digna de pesar?

El conde no la molestó más: en un rincón de la caverna, donde se hallaban las municiones y los barriles de pólvora, se arregló un pequeño gabinete, donde Diana, sola ó en compañía de Antonio, pasaba la mayor parte de su tiempo. Una noche los vendeanos dejaron su retiro para unirse á otra columna más numerosa que la suya, y tuvieron un encuentro con los republicanos. Estos últimos, inferiores en número, fueron muertos ó huyeron; mas una nueva columna vino en socorro de los fugitivos, y fué necesario hacer una marcha precipitada para poder ganar la Roca Negra antes del día.

Diana no había tomado parte en el combate. Con su fusil al hombro quedose mera espectadora de la lucha y había sentido una dolorosa emoción. Al volver á la caverna, no obstante sus valerosos esfuerzos, embarazó la marcha forzada de sus compañeros, lo cual le entristeció grandemente. Todos los que la rodeaban, jefes ó voluntarios, la mostraban la mayor deferencia. Un día, en las cercanías de la Roca Negra los vendeanos hicieron un prisionero y le trajeron á la caverna con los ojos vendados. Su actitud era inofensiva, estaba sin armas y llevaba una chaqueta de paño azul y una gorra de campesino; pero tenía el pantalón de los soldados de la república, lo cual le había hecho sospechoso á los vendeanos. Mientras unos daban cuenta del prisionero al conde de V... otros le hacían una especie de interrogatorio.

Declaróse desertor del ejército republicano y de origen vendeano, mas rehusó contestar á las preguntas que le dirigían.

—¿Por qué has desertado?—le preguntaron.

—Mi madre se muere muy cerca de aquí; y como mis jefes me habrían negado el permiso, me he escapado para ir á verla.

Varios movieron la cabeza con incredulidad.

—Un hombre que abandona sus filas bajo el más

pequeño pretexto no merece confianza—dijo Antonio con rudeza.

Diana escuchaba de lejos este diálogo: el exterior del prisionero no anunciaba mucha franqueza; sus ojillos pardos tenían cierta expresión falsa y solapada. A primera vista produjo en la señorita de Kermadec impresión desfavorable; mas cuando le oyó hablar de su madre le tomó interés y se acercó para hablarle. Preguntóle sobre su país y sobre su familia, y obtuvo las mismas contestaciones que la primera vez. A la llegada de la joven, todos se descubrieron respetuosamente y se quedaron á cierta distancia. Este respeto no había escapado á la atención del prisionero, y renovó sus protestas de inocencia en términos tan tiernos que Diana se conmovió.

—Amáis á vuestra madre—dijo—pues bien, prometedme por su amor que decís la verdad y procuraré obtener vuestra gracia.

Los vendeanos se pusieron á murmurar:

—Es capaz de hacer soltar á este espía si hace el juramento que le pide; ¡cómo si estas gentes tuviesen conciencia!

Cuando hubo protestado de su sinceridad, Diana despachó con ademán de autoridad á los vendeanos, que no se atrevían á expresar por lo alto su descontento, y fué en busca del conde de V...

—Caballero—dijo—este hombre es desgraciado y no sospechoso; le he prometido la libertad; ¿me la negaréis?

El conde reflexionó un instante.

—Quisiera satisfaceros, señorita, pero la más pequeña imprudencia puede perdernos, ya lo sabéis. Que este hombre descubra el secreto de nuestro retiro...

—Ni siquiera le conoce—interrumpió Diana con viveza.—Le han traído aquí con los ojos vendados; que le conduzcan lo mismo hasta la lindera del bosque y le será completamente imposible hacernos traición.

M. de V. titubeaba; mas Diana defendió con tanto calor la causa de su protegido, que al fin el conde cedió ante sus deseos. Diana corrió inmediatamente á dar orden de que le pusiesen en libertad. Los vendeanos la ejecutaron contra su voluntad, y criticaron la debilidad de su jefe, que se dejaba dominar por una joven. Por lo que toca á Diana, la idea de haber hecho el bien procuróle un sosiego y una satisfacción que no había experimentado hacia mucho tiempo. No podía comprender que el hombre á quien había dado libertad la hubiera engañado. La noche y el día siguiente pasaron sin ningún incidente. Los vendeanos comenzaban á reconocer que sus sospechas habían sido mal fundadas y que nada resultaría de la imprudente clemencia del conde y de la señorita de Kermadec, cuando un campesino jadeante y cubierto de polvo se precipitó en la caverna.

—Estamos vendidos—dijo dejándose caer extenuado de fatiga—una columna republicana avanza hacia el bosque. He andado dos leguas para venir á advertiroslo; mas el enemigo me seguía de cerca y no tardará en estar aquí.

La alarma se extendió en seguida; el conde de V... dió orden á algunos hombres de colocarse en emboscada detrás de las zarzas y de prevenirle el menor movimiento que notasen.

Pocos momentos después uno de ellos bajó diciendo:

—General, estamos perdidos; ya no hay medio de salir de aquí: los destacamentos enemigos llegan por cuatro puntos á la vez. El prisionero de anteayer viene á la cabeza.

Un grito general acogió estas últimas palabras. Diana, queriendo conocer la causa de tan extraordinario ruido, salió de su gabinete.

—¿Qué pasa?—preguntó al primer vendeano que encontró.

—Lo que pasa es—contestó duramente el vendeano—que nos han cogido á todos como en una ratonera, y que usted tiene la culpa.

Antonio llegó donde estaba Diana, palideció, y sacudiendo con violencia el brazo del que acababa de hablar, le dijo:

—Yo te enseñaré á contestar mejor á la hija de mi amo.

La lucha iba á seguirse, cuando Diana se interpuso entre los dos.

—Dejad hablar á este hombre, Antonio, pues no he comprendido lo que dice.

El vendeano se descubrió y contestó con tono más dulce:

—Dispense usted, señorita; he sido demasiado brusco y no he tenido razón; el prisionero á quien ha dado usted libertad era un espía republicano.

Diana se estremeció.

—Tenéis razón, amigo mío—dijo—por culpa mía váis quizás á perecer todos. ¡Oh! ¿Por qué

¹ Don Lucas Antonio Güemes, en la biografía de San Vitores impresa año 1849, folio 20, le llama Zafa ó Gaza Mahomez Zaqueto, general de Abderramán, segundo rey de Córdoba, el cual tomó á su cargo la conquista de Castilla, y á cuyo tiempo refiere también el martirio de los monjes de Cardena. El estudio concienzudo de D. Lucas en el apéndice núm. 11 de su obra citada, puede ilustrar mucho el lib. VII, cap. xv y lib. VIII, cap. IX de la Historia de Mariana, que tratan de este punto. A San Vitores, según prueba dicho autor, cupo la gloria de convertir á Coloma, hija de Zefa, después de haber sanado milagrosamente á éste en el sitio de Cerero, siglo IX. Mas no dudo llamarle Zafa apoyado en la inscripción de que se hará mérito.

² Véase á Fr. Alonso de Chacón, que escribió un libro del martirio de estos 200 mártires.

³ Apenas habrá una iglesia en este arzobispado que no tenga alguna parte de ellas, por hacerse la consagración de las aras con dichas reliquias.

⁴ Ad ipsorum martyrum gloriam locum illum celebri miraculo illustravit (Deus) dum pluribus subsequentibus annis, die anniversaria ipsorum caedis, tamquam recenti cruore aspersum, eundem rubentem ostendit. (Oficio, lec. VI.) Así lo comprobó el señor Arzobispo de Burgos D. Cristóbal Vela, en la información que hizo sobre la materia.

he venido yo aquí? ¡Dios mío! — dijo con grande desconsuelo.

En este momento pasaba Mr. de V..., y Diana se adelantó tristemente y le dijo:

— Conde, voy á causar por mi culpa involuntaria la muerte de todos vosotros: que mi arrepentimiento me sirva de excusa. ¡No me maldigáis!

— La culpa no es vuestra, señorita, sino mía. Vuestra alma es demasiado franca para admitir la posibilidad de una traición; pero yo, con la experiencia de mis años, debía haber desconfiado de aquel hombre. Quizás todo no esté perdido todavía, mas creedme — terminó Mr. de V... con profunda emoción — todos mis soldados y yo daremos sin pena nuestras vidas por defenderos.

— Gracias, conde — contestó con afecto Diana — vuestra generosidad hace que mis penas sean menos amargas, pero no puedo aceptar vuestra abnegación. Combatid por el Rey y por Francia, mas no penséis en salvarme; quiero compartir vuestras fatigas, y si sucumbo no sintáis mi muerte. Soy tan desgraciada, que el día en que Dios se digne terminar mi vida será el principio de mi felicidad.

El conde se alejó con los ojos bañados de lágrimas, llorando la suerte de la desgraciada joven, que no había venido á unirse con ellos para perderlos y perecer inútilmente. En el mismo instante se oyeron algunos tiros. Un vendeano cayó herido en la gruta, y en seguida siguió una lluvia de balas. Los republicanos habían descubierto la entrada de la caverna. Diana entró en su gabinete para coger su fusil. La rosa blanca no dejaba nunca su corpiño; esta flor era para ella la herencia de los que había amado.

— ¡Oh! — murmuró — ¡si pudiese unirme con ellos!

Se puso de rodillas, y levantando los ojos al cielo rezó una fervorosa plegaria. Antonio la sorprendió en esta actitud: levantóse entonces, y adelantándose hacia él, le dijo, tuteándole por vez primera:

— Antonio, tú también, pobre amigo mío, vas á perecer por mi culpa; perdóname. Mi hermano te ha dejado su espada; yo, si muero también, te hago mi heredero. Conservarás esta rosa como recuerdo de todos nosotros.

El anciano servidor sacudió tristemente la cabeza, y dijo con profundo dolor:

— ¡Dios me libre de semejante herencia! Si morís, señorita Diana, ya habré yo dejado de existir antes que vos.

Diana le estrechó la mano sonriéndose tristemente.

— Entonces — dijo — pereceremos juntos, mas no te pondrás delante de mí para defenderme; ¿oyes Antonio? te lo prohibo terminantemente.

Oyóse una nueva descarga; los vendeanos contestaron vigorosamente desde su retiro. Diana, volviéndose hacia Antonio, le dijo:

— Ya no tengo más que un amigo en el mundo, y ese amigo eres tú. Adios, y que Jesucristo nos reuna en el seno de su divina misericordia.

El antiguo servidor se descubrió y arrodilló de nuevo junto á la joven. Al levantarse Diana, desató su fusil y le tiró lejos de sí, salió de su gabinete y se unió á los combatientes. El conde de V... había muerto; una porción de muertos y de heridos yacían en la caverna, y los que quedaban de pie se defendían, pues querían vender caras sus vidas. En primera fila se levantaba audazmente la bandera blanca. Tres hombres la llevaron sucesivamente, y los tres sucumbieron. Entonces se vió un espectáculo que arrancó á los vendeanos un grito de terror aun en lo más fiero del combate. Diana había atravesado las filas, y tranquila, con la frente altiva y noble, levantaba á su vez la bandera á la cabeza de la columna, lo cual era buscar una muerte inevitable. La primera descarga la rompió el brazo derecho; sus facciones apenas se contrajeron. Pasó la bandera á la mano izquierda, y quedóse impassible esperando una nueva descarga. El movimiento de la joven había sido tan rápido que Antonio no había podido seguirla. Las filas se habían cerrado y el fiel servidor quedaba desesperado, casi loco, testigo impotente del peligro al cual se había expuesto voluntariamente la que contaba proteger á costa de su vida. Por segunda vez la bandera fué acribillada á balazos; viéronla vacilar un instante y al fin desaparecer. Dos hombres llevaron á la caverna el cuerpo de la señorita de Kermadec, mientras que la bandera volvía á levantarse cubierta de sangre. Herida en el corazón, Diana había caído estrechando la bandera contra su pecho. Así se terminó esta corta existencia, rodeada en un principio de tanta felicidad, y tan pronto rota por dolores inefables.

VIII

El guarda se calló, y yo quedé un instante silen-

cioso y profundamente conmovido con la historia que acababa de oír.

— ¿Y Antonio? — pregunté en seguida — ¿qué fué de él?

— Cuando el rayo hiere á los grandes árboles, perdona algunas veces á la humilde yedra pegada á las ramas. Tal fué la suerte de Antonio. Después de haber cerrado los ojos á la señorita de Kermadec, puso sobre su corazón la rosa blanca, en la cual la sangre de Diana se había mezclado á la de su hermano, y volvió en seguida al combate. Recibió una herida en las piernas y sacó un brazo roto; mas pudo librarse de la muerte. Los vendeanos perecieron todos, ó fueron hechos prisioneros. Antonio quedó en la caverna entre un montón de cadáveres, y debió la vida á unas pobres mujeres que vinieron al día siguiente á la Roca Negra para recoger los heridos. Una vez restablecido, la guerra de la Vendée había ya terminado. Con un brazo amputado y andando con dificultad, ganó penosamente el caserío de Felipe, pero hallóle desierto. Todo había sido destruido y abandonado. Ya no le quedaba un amigo á quien pudiese confiar sus penas. Una casa, antigua cita de caza, dependiente de Kermadec, quedaba inhabitada. Antonio vino á refugiarse á ella. Desde su ventana distinguía en lontananza la muralla que quedaba de pie como último vestigio del castillo de sus amos. Antonio se quedaba, durante muchas horas, contemplando las pocas piedras que eran para su fiel corazón un mundo de recuerdos. Un nuevo dolor vino á herirle cuando ya no esperaba ninguno. Los dominios de Kermadec, convertidos en propiedad del Estado, habían sido vendidos. ¡Oh, cómo sentía Antonio no ser rico! Vió la propiedad de sus amos vendida á vil precio á un industrial que se proponía establecer una manufactura en el mismo sitio que ocupaba el castillo. La ruinosa muralla impedía, sin duda, la construcción del nuevo edificio, y un día los obreros se pusieron á destruirla. Olvidando sus heridas, Antonio fué á la colina y suplicó encarecidamente al nuevo propietario que suspendiese la demolición de la muralla. No solamente no obtuvo lo que pedía, sino que le trataron de loco: entonces, agobiado por la fatiga, se sentó á cierta distancia y vió caer hasta la última piedra de la muralla. Muchas veces me lo ha dicho; quizás Dios, en su impenetrable justicia, le había condenado á esa dolorosa expiación. ¡No era él, en efecto, quien en otro tiempo había cumplido la misma obra de destrucción, cuando esta obra sólo pertenece al tiempo y á la Providencia! Cuando todo estaba terminado, bajó la montaña para no volver jamás. Todo el día se encerraba en su casa por no ver el nuevo edificio cuyo aspecto le hacía mal, y por la noche recorría la pradera, soñando en el castillo y en sus queridos amos, y así era feliz durante algunas horas. Tal fué su vida durante quince años: vivió alejado de todos, no conociendo absolutamente á nadie. Sólo vuestro padre, el señor cura y yo le conocíamos. El señor cura murió, vuestro padre marchó á París y yo fui á vivir con él. Un año más tarde, Antonio murió legándose su morada y pidiéndome que pusiese en su tumba las armas y la rosa blanca de los Kermadec.

ANGEL ZARZUELO DE CANCIO,
Presbítero.

BIBLIOGRAFÍA

Las Conferencias cuaresmales del Ilmo. P. Cámara, publicadas en esmeradísima edición, forman un tomito de 182 páginas, y como tenemos anunciado, se venden á 2 pesetas en la Administración de nuestra Revista.

Nada debemos añadir aquí á cuanto dijimos en su tiempo acerca de estos magníficos discursos, porque su justa fama excusa nuestro elogio. Lo único que queremos es recomendar eficazmente la difusión del libro, para que sea general en España el saludable fruto que las Conferencias han dado en Madrid.

Hasta ahora el éxito de esta propaganda no puede ser más satisfactorio, pues en cinco días se han despachado cerca de mil ejemplares.

Cuando tanto malo se publica y tanto se difunden los malos libros, es consolador el ver que aún hay en España afición á las obras de verdadero mérito, con las cuales puede contrarrestarse el influjo depravado del filosofismo moderno.

Las Conferencias del P. Cámara son antídoto poderoso contra las predicaciones de la impiedad.

El Sr. D. Juan Manuel Orti y Lara acaba de publicar, reunidos en un libro, los artículos que no ha mucho vieron la luz pública en *La Ciencia Cristiana* con el título de *Catecismo de los textos vivos*, y que con justo motivo llamaron poderosamente la atención

en España. En este trabajo se propuso el docto profesor, según lo declara en el prólogo, «probar a posteriori lo que a priori sabemos todos los católicos: que en el punto que la enseñanza cae en manos del Estado, convertido por las escuelas liberales en maestro supremo y pedagogo, luego se corrompe miserablemente é inficiona á la juventud en errores que ofenden, y á menudo matan su fe y su piedad, y mancillan la pureza de su corazón y de sus costumbres, infundiendo en generaciones enteras el espíritu de soberbia y rebelión que respira la barbarie moderna. Podrá servir asimismo este *Catecismo*, continúa el Sr. Orti, para que los que tienen ojos vean, y los que tienen oídos oigan, y los que sean padres aprendan, y para que la conciencia pública dicte su fallo en un proceso en que va nada menos que la vida moral de los individuos y de los pueblos. Y servirá además, termina el autor, para que se vea y se toque la urgente necesidad de devolver la dirección suprema de los estudios á quien primero los creó y los perfeccionó en los tiempos más gloriosos de nuestra historia, y los puede amparar y salvar contra las irrupciones del sofisma y la malicia é ignorancia de la sabiduría terrena, animal y diabólica; á la Iglesia, digo, columna y firmamento de la verdad, institución única en la tierra, en quien la enseñanza es de derecho divino, encargo que debe cumplir, conforme á la palabra y mandato de su divino Autor, para salud del mundo.»

Hé aquí ahora las materias que abraza este *Catecismo*:

Capítulo I. Sobre el conocimiento de la ciencia. — II. Sobre la ciencia. — III. Sobre la razón y la fe. — IV. Sobre el método científico. — V. Del conocimiento de la Religión. — VI. Sobre el origen del hombre. — VII. Sobre el principio de la vida. — VIII. Continúa el materialismo de los textos vivos. — IX. Sobre la muerte. — X. Sobre la vida futura. — XI. Sobre la moral. — XII. Sobre los deberes del hombre. — XIII. Continuación. — XIV. Sobre el matrimonio. — XV. Sobre el concepto del derecho. — XVI. Sobre el derecho penal. — XVII. Continuación. — XVIII. Sobre Estética y Literatura. — XIX. Sobre la Historia y su Filosofía. — XX. Continuación. — Apéndice. Idealismo y positivismo.

El trabajo del Sr. Orti y Lara es digno de su reputación, y merece divulgarse para que se vea qué aguas tan ponzoñosas bebe la juventud en las escuelas oficiales.

Y cuenta que el catedrático de Metafísica de la Central no ha hecho más que espigar el campo «para saber, dice, que está corrompida la enseñanza oficial, basta sacar de algunas de sus fuentes unas cuantas gotas de veneno.»

Cuando el Sr. Navarro Villoslada hizo en *El Pensamiento Español* un trabajo semejante á éste, tampoco agotó la materia, y sin embargo, sus artículos produjeron tan honda impresión en España, que valieron al ilustre publicista una de sus mejores coronas. No inferior la merece el Sr. Orti y Lara, que ha llevado á cabo su trabajo con las relevantes dotes de su talento filosófico, y con el fino escalpelo de su crítica adelgazada y concienzuda.

El libro forma parte de la Biblioteca teológica del siglo XIX que publica *La Ciencia Cristiana*, redactada por los principales doctores de las Universidades católicas. Cuesta 4 pesetas.

La interesante Biblioteca de *La Verdadera ciencia española* acaba de publicar el tomo II del *Libro de la Imitación de Cristo Nuestro Señor*, compuesto por el P. Francisco Arias de la Compañía de Jesús. Esta obra de clásico estilo, como escrita en el buen tiempo de la literatura española, se recomienda además por la profunda doctrina, edificantes reflexiones y riquísimo caudal de erudición sagrada que encierra, haciendo de ella uno de los libros más notables de la sabiduría y religión de nuestros autores clásicos.

Repetimos una vez más que la Biblioteca de *La Verdadera ciencia española* está cumpliendo á maravilla sus propósitos y prestando un gran servicio á la Religión y á las letras con la reimpression de las obras de la literatura sagrada y ciencias teológicas antiguas, que se venían haciendo raras y cayendo en lastimoso olvido.

El mejor elogio, sin embargo, de esta Biblioteca, consiste en reproducir su catálogo. Hélo aquí:

SECCIÓN CASTELLANA

Los Trabajos de Jesús, que en los calabozos berberiscos escribió el siervo de Dios Fray Tomás de Jesús. Consta de tres tomos de 300 páginas cada uno.

La Conversión de la Magdalena, de Malón de Chaide, obra de estilo esmeradísimo, que contiene un fecundo manantial de consideraciones para el alma devota y para la predicación. Consta de dos tomos de 300 páginas cada uno.

El Príncipe cristiano, del Padre Rivadeneyra. Obra citada como uno de los primeros ejemplares de la literatura española. Consta de un tomo de 320 páginas.

El Filósofo rancio, del Padre Albarado. El solo epígrafe de esta obra es ya su recomendación. Consta de seis tomos de 320 páginas cada uno.

Hechos políticos y religiosos del que fué duque de Gandía y virrey de Cataluña, San Francisco de Borja, y obras del mismo, por el Padre Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús, que magistralmente retrata aquella época de fe y esplendor de la monarquía española. El tercer tomo contiene obras originales del Santo no publicadas antes. Consta de tres tomos.

El Orinoco ilustrado, del Padre Gumilla. Obra muy amena y curiosísima, de la cual apenas se tiene hoy noticia. Consta de dos tomos.

La Providencia de Dios, de D. Francisco de Quvedo, interesante obra, tan notable como poco conocida. Un tomo.

Historia de Guipúzcoa, del Padre Larramendi. Obra inédita, anotada por el eminente bibliófilo P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús. Un tomo.

El Epistolario y la Victoria de la muerte, del nunca bien ponderado Beato Orozco. Dos tomos.

La Crotología, del P. Fernández Rojas (Liseno). Obra recreativa, que á la delicadeza de la sátira reúne la profundidad de concepto y la belleza de la dicción.

Meditaciones devotísimas del amor de Dios, por el Padre Fray Diego de Estella. Consta de dos tomos.

Obras de San Juan de la Cruz. Encarecerlas sería desvirtuar su valía. Constan de cuatro tomos.

Examen de ingenios para las ciencias, del Dr. D. Juan Huarte de San Juan. Consta de un tomo esta obra de rarísimas condiciones de amenidad.

Autos sacramentales, de D. Pedro Calderón de la Barca. Un tomo.

La vanidad del mundo, de Fray Diego de Estella. Consta de tres tomos.

El pintor cristiano y erudito, de Fray Juan Interian de Ayala. Consta de tres tomos.

SECCIÓN LATINA

In quatuor evangelistas commentarii (Joan. Maldonati). Consta de 10 tomos de 300 á 400 páginas cada uno.

Patrologia hispana. PP. saeculi IV (DD. Paciani et Damasi opera). Un tomo.

Patrologia hispana. PP. saeculi IV (Faustini, Ossii, Palladii, Severi Majoricensis et Coeli Sedulii opera). Un tomo.

Patrologia hispana. PP. saeculi IV (Theodosii, Bachiarrii et D. Philastrii opera). Un tomo.

Patrologia hispana. PP. saeculi IV (Juvenci opera). Un tomo.

Patrologia hispana. PP. saeculi IV (Gaudenti opera). Un tomo.

Patrologia hispana. PP. saeculi IV (Luciferi opera). Un tomo.

De suavitate Dei et custodia linguae, divididas en dos tomos.

Defensio fidei catholicae adversus anglicanae sectae errores. P. Franc. Suárez, S. J. Seis tomos.

Cursus philosophici, regalis Collegii Salmaticensis Societatis Jesus, in tres partes divisi. Auctore Ludovico de Lozada, eiusdem Societatis. Tomos 10.

Metaphisica, P. Franc. Suárez, S. J. Dos tomos para la suscripción de este año y los restantes el año próximo.

OBRAS QUE SE PUBLICARÁN EN ESTE AÑO

Libro de la imitación de Cristo Nuestro Señor, en el cual se recogen los bienes que tenemos en Cristo Nuestro Señor, y se comunican á los que lo imitan. Y se proponen las virtudes del mismo Señor, en lo que lo debemos imitar, sacadas del Evangelio, y confirmadas con autoridades y ejemplos de Santos, compuesto por el P. Francisco Arias, de la Compañía de Jesús.

El Monserrate, de Cristóbal de Virués. Poema clásico.

La Retórica cristiana, del P. Fray Luis de Granada. Rarísimo tratado que casi nunca viene incluido en las colecciones del insigne maestro de la mística y lengua española, no se ha perdonado medio para copiar uno de los dos ejemplares de que hemos tenido noticia. Los oradores hallarán en esta obra guía perfecta y acabado modelo.

Las guerras de los Estados Bajos, por D. Carlos Coloma, caballero del hábito de Santiago y embajador extraordinario en la Gran Bretaña. Crónica rarísima y de relevado mérito.

Las Misiones de la Compañía de Jesús en la China y Japón, escritas por el P. Juan de Guzmán, S. J. Amenísima historia, escrita con galana pluma y muy poco conocida, describe con pasmosa exactitud las costumbres, ritos, países é historia de los puntos mencionados.

Cartas de San Francisco Javier. Tesoro de enseñanzas que bendecirán los directores de espíritu, los predicadores, las almas que desean consagrarse al servicio de Dios, y que reconocerán los hombres de letras como modelo de estilo.

La guerra del Palatinado, por D. Francisco de Ibarra, capitán de lanzas españolas. Obra de suma amenidad y erudición profunda.

La Sagrada Biblia (suscripción especial). Texto latino de la Vulgata. Texto bíblico castellano del Ilmo. Torres Amat y notas del Ilmo. Scio de San Miguel, armonizando y aclarando los comentarios con los trabajos conocidos ya del insigne P. Fita, de la Compañía de Jesús, y otros de renombrados autores.

Con el título de los *Ritos orientales* se ha publicado en esta Corte un libro precioso que merecía más fama de la que ha obtenido. Su autor, el Padre Hugolino Masía y Lucas, es un religioso franciscano que, en cumplimiento de su santo ministerio, ha viajado y permanecido largos años en Oriente, donde ha ejercido la cura de almas. Es español, y aunque posee á maravilla otras lenguas, ha querido estampar en la suya el fruto de sus estudios y viajes en Siria y en Egipto. Trabajando en una historia general política y religiosa de Egipto, que pronto comenzará á publicar, ha tenido ocasión de estudiar como pocos las cosas de Oriente, y de ello es una muestra el libro que tenemos á la mano acerca de los

ritos orientales. En él se exponen y examinan con estilo animado y pintoresco los usos, costumbres y religión de los principales pueblos de Oriente, haciendo resaltar siempre la superioridad de nuestros dogmas y la unidad admirable de la Iglesia católica, única verdadera. El libro es tan ameno como libro de viajes escrito por hombre sabio y de corazón é ingenio brillante, que sabe ver las cosas y reproducir fielmente sus impresiones. Este precioso libro, que debe leerse con más placer y provecho que esos noveluchos disparatados que invaden nuestro mercado de libros, nos hace esperar con afán la *Historia de Egipto*, que comprenderá seis volúmenes nada menos.

Debemos añadir para estimular á que los católicos difundan este libro, que su importe se destina al sostenimiento de las escuelas católicas de las misiones de Oriente.

Su precio tres pesetas en las principales librerías y en *El Mensajero Seráfico*, San Bernardino, 4; casa de D. Tomás Latorre, Madera, 24, principal, y *Semana Católica*, Villanueva, 5.

La quinta edición de los *Elementos de Física y Química* de D. Félix Sánchez Casado que acaba de ponerse á la venta, es un libro tan interesante, tan conciso y lleno de novedad, tan esmerado en el método y en la claridad del estilo, tan bien impreso, en fin, que puede servir para algo más que para repaso de los jóvenes que cursan la segunda enseñanza. El Sr. Sánchez Casado, que es un profesor laboriosísimo, erudito, metódico, singularmente práctico, comenzó hace años á publicar trataditos sobre todas las asignaturas de la segunda enseñanza para repasar principalmente; las ediciones se fueron sucediendo sin interrupción por la aceptación que el *Manual del bachiller en Artes* obtenía en todos los colegios; y el autor, estimulado por el éxito y llevado de su natural inclinación á perfeccionar y aquilatar sus obras, fué mejorando los tratados, precisando las definiciones, completando los diversos ramos de las ciencias y humanidades, y añadiendo los últimos descubrimientos, las últimas palabras del verdadero y legítimo progreso de los estudios. Así ha resultado la colección presente, compuesta, no ya de trataditos, sino de verdaderos libros elementales que, no obstante este título, son tan completos y á veces más que algunas obras que pasan por magistrales. En método, en concisión, en claridad, en integridad de doctrina, digámoslo así, los tratados de Sánchez Casado no tienen rival. La *Física y Química* que tenemos á la vista forma un volumen de 274 páginas en 8.º con un centenar de grabados; y no obstante lo reducido del volumen, es un tratado tan completo, tan bien ordenado, que su lectura es suficiente á grabar en la memoria lo más esencial que hay que saber en estas ciencias para orientarse con provecho y discurrir con acierto y fruto.

Cuesta este tratado, bellamente encuadernado en tela, tres pesetas.

La ilusión liberal es el título de uno de los más notables opúsculos de Luis Veuillot. En él se propuso el gran polemista católico desmenuzar el gran error de estos tiempos, patentizando su funesto influjo en la sociedad, y con la energía de su pluma de fuego desarrolló en una corta serie de capítulos el cuadro de la herejía que llama á la puerta... combatiendo las sutilezas y distinguiendo de la escuela católico-liberal, la más peligrosa de todas por el traje que viste y las seducciones de que se aprovecha. Este precioso libro ha sido traducido al español por D. Luis Oliver y Riera, intérprete real, y publicado en un librito que cuesta seis reales en *La Propaganda Catalana*, Paja, 31, Barcelona.

La Lámpara del Santuario tituló el gran cardenal Wiseman una preciosa novelita que en su argumento, en su plan, en su estilo, y sobre todo en la elevación y delicadeza de sentimientos, bien claramente recuerdan al incomparable autor de *Fabiola*.

El Sr. del Ojo y Gómez ha hecho una bellísima edición de ella traducida al castellano por el presbítero Sr. San Juan, y no contento con enriquecer el caudal de los buenos libros con este tan edificante y ameno, ha llevado su bondad hasta el punto de regalar la edición al Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, que ya conocen nuestros lectores. El librito, que es una edición diamante, se vende al precio de una peseta franco de porte en las principales librerías.

Como regalo para los niños es una alhaja. Lo recomendamos eficazmente á nuestros lectores.

El Amor de los amores.—Estudio filosófico-religioso social por D. Pedro Claver. Es un folletito que, como el diamante, en poco tamaño encierra mucho valor. El autor, que debe ser persona de gran corazón y no menor ingenio, expone en él con lenguaje fer-

voroso y castizo el misterio de la Sagrada Eucaristía, aduciendo las pruebas que lo confirman y desvaneciendo los impíos sofismas que lo combaten. Y como el culto del divino Corazón de Jesús es expresión sensible de este misterio, el Sr. Claver se deja llevar de su ardiente piedad y expone la belleza y sublimidad de este culto, examinando luego su influencia en las artes, en las ciencias y en la sociedad cristiana. *El Amor de los amores* es un precioso folleto de propaganda que recomendamos á las personas amantes de la gloria de Dios. El precio del folleto es, inferior tal vez á su coste, 10 céntimos de peseta. Los pedidos pueden dirigirse á casa del autor, Zaragoza, calle de San Pablo, núm. 39, principal derecha.

DÍA NUBLADO

En vano desde la aurora
Volví al Oriente mis ojos,
De un sol de invierno esperando
Los resplandores dudosos.

No ví las tintas de grana,
Ni los celajes de oro
Que en pliegues de luz y sombra,
En ondas de azul y de ópalo,
Flotan sobre el sol naciente
Como pabellones rojos
Sobre la cuna tranquila
De un monarca niño y blondo;

Ni la ráfaga que toca
Del astro al trémulo globo,
Y lentamente se aparta
Después de ceñirle en torno:—

Beso y abrazo de madre
Al hijo inocente y mozo,
Cuando del hogar paterno
Parte á países remotos.—

Ví sólo la sombra oscura
Desde el horizonte lóbrego
Guiar sus pasos de niebla
Por el firmamento todo.

Ví las cenicientas nubes
Desplegar su espeso toldo,
Correr, juntarse y formar
Nubarrón inmenso y solo,
Que bajando hacia la tierra
Negro, triste y silencioso,
Parecer el cielo hacia
Más cercano á nuestros ojos.

El aire pasaba frío
Por los árboles del soto,
Que sin hojas en las ramas,
Crujían con rumor sordo:

Los flacos miembros desnudos
De algún mendigo andrajoso,
A su contacto de hielo
Se entumecían, y atónitos,

Con el plumaje erizado,
Los pájaros melancólicos
Medio dormidos temblaban
En los huecos de los troncos.

Junta el pastor taciturno
Debajo un árbol añoso
El rebaño que pacía
Por el ya desnudo soto;

Y el labrador, entregado
A estéril, triste reposo,
De su cabaña en la puerta
Tranquilo medita y solo.

La altiva ciudad levanta,
Cual mil brazos de un coloso,
Cúpulas y torreones
De sus edificios dóricos.

Dejad que en su centro abunden
Placeres que dan sonrojo...
¡También el silencio reina
De esos palacios en torno!

Mas ya escasas gotas frías,
A una ráfaga del noto,
Caen en el pavimento
Con triste rumor sonoro.

Pasa la ráfaga al punto,
Y una llovizna, de pronto,
En hilos imperceptibles
Desciende hasta el seco polvo

Sutil, helada, continua,
De la tierra á lo más hondo,
Del cuerpo á lo más interno
Lleva su glacial encono;

Y la sensación que causa
Tenaz azotando el rostro,
Reproduce y multiplica
Su frío en los miembros todos.

¡Así un desengaño crudo
Hiere el corazón, y ronco
Hallamos un eco prolongado
Del alma en lo más recóndito!

Las horas calladas cruzan
Bajo el cielo nebuloso,
Como fantasmas del aire
Por las noches del otoño.

Sus tardos pasos publican
Sólo en los bronce sonoros,
En las torres de los templos
Vibran con ecos medrosos.

Pero pasan invisibles,
Como por el mundo loco
Pasa la virtud modesta
En su humilde traje propio.

Sobre sus alas el día
Corre hacia el Poniente próximo,
Y cuando toca su frente
De la noche el dedo lóbrego,

Cae á pedazos en ella
De sus fauces á lo hondo,
Como en popular tumulto
Los despedazados troncos,
Y así parece ese día
Sin sol, sin colores, como
En infecundo cerebro
Un pensamiento grandioso.
Día nublado es la vida;
Su lluvia el humano lloro,
Y el frío del desengaño
Hiel el ardor más fogoso:
Día nublado que cae
Con sus goces ilusorios,
En la noche de un sepulcro,
Boca de insondable golfo.

CASIMIRO COLLADO.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

El jamón.—Hé aquí un producto que en España debía alcanzar excepcional importancia, y desgraciadamente no la tiene, fuera del consumo nacional, siendo apenas sensible la exportación. En cambio se importa á España de otros países grandes cantidades de jamón, cuando, por el contrario, podíamos surtir á todos los pueblos de Europa de tan preciada sustancia.

Con la apertura del ferrocarril del Noroeste empieza á notarse en Madrid la afluencia de jamones leoneses, gallegos y asturianos, que llegan en fardos groseramente preparados, llenos de lodo, húmedos unas veces, rescos otras y siempre de un aspecto detestable.

Convendría que no solamente en aquellas hermosas provincias se explotase el ganado de cerda, sino que en todas las sierras de la Península, que son muchas, se extendiera la cría del cerdo caseramente, nunca en el monte, donde este ganado no adquiere generalmente el desarrollo que se necesita para conseguir de él pingües ganancias. Lo primero que se necesita para la cría del cerdo son terrenos regables, á fin de producir hortalizas, granos, legumbres y patatas en gran abundancia para que engorde mucho el ganado, sobre todo en el período de la ceba; después, para la matanza, precisan climas fríos y terrenos altos, hasta preparar bien los embutidos y jamones. Estas condiciones existen en España en muchas provincias, donde las pobres gentes se suelen morir de hambre, emigrando hasta las mujeres para buscar jornales como simples braceros en los terrenos bajos, donde la producción agrícola es más estimada. Y aun se las ve acudir en grandes grupos á las obras de ferrocarriles en busca de una peseta ó tres reales diarios para esportear tierras en los trabajos de explanación!

y sin embargo, en esas pobres serranías hay agua en abundancia, unas veces despeñándose inútilmente por estériles barrancos, y otras corriendo oculta bajo sus vertientes, cuyo alumbramiento sería de poco coste. Pues bien: con esa agua se podían regar metasetas escalonadas donde se cultivasen las raíces, los granos y las hortalizas necesarias para una vastísima producción de cerdos, base de esta lucrativa industria que nos ocupa.

Después, con habilidad, se deberían hacer las matanzas bajo el punto de vista industrial, preparando en seguida los jamones y embutidos hasta presentarlos con aquel gusto, por lo menos, que caracteriza á los extranjeros, que en tan grandes cantidades importan estos productos en España á costa de un verdadero río de oro que se escapa por las fronteras de la patria, merced á la incuria y abandono de sus propios hijos.

No nos vamos á ocupar ahora de la cría del cerdo, por ser éste asunto de tanta importancia que bien merece ser tratado aparte, limitándonos á consignar, como queda dicho, las grandes condiciones que tiene nuestro territorio para el fomento de esta importante especialidad de la ganadería.

Ocupémonos, por lo tanto, de la preparación de esos jamones extranjeros que cuestan en España un ojo de la cara, como suele decirse, nada más que por la manera tan agradable de presentarlos.

Jamón inglés.—Se toma medio hilogramo de azúcar morena por 9 litros de sal y 8 decágramos con 5 gramos de salitre. Se hace secar bien la sal en una cacerola; en seguida se la muele con el azúcar y el salitre hasta reducirlo todo á un polvo fino; después se espolvorea bien con la mezcla los jamones, de-

aguas 124 metros. Los planos de este puente fueron trazados por los ingenieros Bamby y Boyer, las obras comenzaron en 1881 y se cree terminarán en el presente año.

Conservación de los espárragos.—Esta planta vivaz se produce en casi todos los países de Europa, variando los procedimientos de su cultivo según los climas. En general puede decirse que para lograr una excelente esparraguera es preciso mejorar muy bien el terreno de antemano y elegir una planta de buena calidad.

Para conservar los espárragos, se les blanquea primero; después se les pone en agua fresca para lavarlos, escurriéndolos bien en seguida; más tarde se les coloca con los troncos hacia abajo en una vasija de vidrio que contenga 124 gramos de sal por litro de agua, y últimamente se cubre todo con una capa de aceite de olivas, y de este modo se conservan los espárragos más de un año.

Algunos médicos recomiendan un jarabe hecho con las cabezas de los espárragos como diurético y calmante.

Manteca de aceite de oliva.—Los olivereros de España pueden considerarse de enhorabuena. El *American Mail New York* anuncia la fabricación de manteca como expresa el título, obteniéndose de clase muy superior á la de puerco y vaca para los usos culinarios. Parece ser un hecho, pues el *Olive butter* está anunciado para la venta. Nos alegramos por los olivereros, que tantos años há vienen sufriendo todo género de competencias de otros artículos en aplicaciones que antes eran únicamente del dominio de los aceites de oliva.

Rosas cambiantes de color.—Con este nombre hace tiempo se venden unas flores artificiales que tienen la propiedad de cambiar su color rosado en hermoso azul mediante un calor suave como el que despiden un quinqué, brasero, etc., llamando tanto la atención á las personas no conocedoras de la química, no sólo por este cambio de color, sino que al estar contemplando la flor vuelve á aparecer por enfriamiento con su primitiva coloración.

Estas flores se hacen de la manera siguiente: se toma una rosa, clavel, etc., de tela de un color claro, siendo mejor el rosa; se introduce en una disolución de cloruro de cobalto, ó bien se la impregna con un pincel suave de dicha disolución; se la deja secar, y ya tenemos por un ínfimo precio una flor de las que en un bazar cuesta algunos reales.

Estos cambios de color los han atribuido algunos á modificaciones moleculares del cloruro de cobalto, pero no es así; en lo que consiste es que las sales de cobalto anhidras son azules, y las hidratadas de color rosa; y como al calentar los objetos que las contienen elevamos su temperatura, pierden el agua quedando anhidras, de color azul. Después se apoderan del vapor acuoso de la atmósfera, y se convierten en hidratadas de color de rosa, y prueba de esto que si mojamos la flor estando azul, se restablece su color.

Esta propiedad también se utiliza para construir higrómetros y para recreaciones como tinta simpática.

Si queremos tener otros colores, podemos usar otras sustancias; así el cloruro ó nitrato de níquel nos dará el color amarillo, y una mezcla de éste y de cobalto, verde, y tenemos tres colores que pueden aparecer y desaparecer en un mismo objeto; y ya no sólo nos sirve para una flor, sino que hasta para un ramo, viendo que no sólo podemos cambiar el color á las flores naturales con el amoníaco y los ácidos, sino que también las artificiales.



SAN GREGORIO MAGNO.



SAN AMBROSIO.

Estatuas del altar mayor de la iglesia del Escorial.

jándolos veinte ó veinticinco días en esta salmuera, teniendo cuidado de que queden completamente cubiertos; por último, se les cuelga en un secador á propósito hasta la sequedad absoluta en la apariencia. Con la cantidad de salmuera que hemos citado, pueden prepararse cuatro jamones de tamaño ordinario.

En Wespalia, donde tanta fama adquieren los jamones, se preparan de este otro modo: se les restrega bien con sal, colocándolos por capas dentro de barricas, donde se les oprime fuertemente de modo que apenas les penetra la salmuera. Al cabo de quince días se les extrae, colgándolos á gran altura para que no les alcance el humo caliente de la madera de haya que se quema debajo. Después de sufrir el humo continuo durante veinte ó veinticinco días se les descuelga, almacenándolos en sitios perfectamente secos. Y, por último, se empaquetan en sacos de lona perfectamente cosidos y ajustados, vendiéndolos en todas partes á precios bien crecidos por cierto.

El monumento mayor del mundo.—En los Estados Unidos se va á inaugurar un obelisco elevado á orillas del río Potomac, en honor de Washington.

Tiene un pedestal prismático, cuyos lados cuentan 55 pies de longitud, y la altura total es de 555 pies.

La catedral de Strasburgo tiene 473 pies; la de San Pedro en Roma, 450; la de San Esteban, de Viena, 443; alturas todas menores que las del indicado monumento.

Puentes grandiosos.—Se construyen actualmente dos puentes de hierro que son los más altos de los existentes hasta el día. El primero, en el condado Mac-Kean (Estados Unidos), mide una altura de 92 metros; el segundo, en la línea de Marvejales á Neussargues (Francia), atraviesa un caudaloso río y tiene una extensión de 564 metros, con un arco central de 165 metros de abertura y elevado sobre las